

BIENVENIDOS AL APOCALIPSIS



CRÓNICAS DEL FIN
EL CIELO
ROTO

VOLUMEN I

GABRIELLA CAMPBELL Y JOSÉ ANTONIO COTRINA



Lectulandia

Ha pasado mucho tiempo desde que los leviatanes irrumpieron en el planeta y lo cambiaron todo. La humanidad ha sido diezmada y la Tierra ahora es un erial, un infierno donde la vida no vale nada y la muerte no es lo peor que puede pasarte.

Adrastea (Adra para amigos y enemigos) recorre este mundo de terror en busca de monstruos a los que dar caza. Así es como sobrevive. Así consigue dinero para los hechizos de su lanzaensalmos y para pagar su habitación en Testamento, uno de los pocos bastiones que todavía ofrecen protección a lo que queda de la raza humana.

A Adra no le gusta mucho la gente, prefiere a su galgo, Winston. Un encuentro inesperado durante un día de caza los conducirá a ambos hasta las puertas de un antiguo búnker. Allí, bajo tierra, están sucediendo cosas terribles. Y por culpa de su galgo, a Adra no le va a quedar más remedio que descubrir de qué se trata.

Lectulandia

Gabriella Campbell & José Antonio Cotrina

El cielo roto

Crónicas del Fin-1

ePub r1.0

Titivillus 11.03.18

Gabriella Campbell & José Antonio Cotrina, 2017

Ilustración portada: Libertad Delgado

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este primer libro es para David Gambero,
una de las personas más generosas
y desternillantes que conocemos.

PRÓLOGO

«Ojalá pudieras leerme la mente, Laura».

El sonido de un claxon lo trae de vuelta a la realidad. Alberto sacude la cabeza y avanza el coche un par de metros antes de que el atasco lo obligue a detenerse de nuevo. Está atrapado. El tráfico se cierra a su alrededor, lo encajona entre los edificios de la avenida principal. La circulación es lenta y espesa, se arrastra sobre lenguas de alquitrán. Laura está lejos y no solo en sentido físico.

«Si pudieras leerme la mente, todo sería más fácil».

Siempre ha tenido problemas para expresar sus sentimientos. Le parece impropio y desagradable, como hablar en público de sus partes íntimas. Laura siempre se ha quejado de su frialdad. Antes se lo echaba en cara a menudo, ya ni siquiera hay reproches.

Levanta la vista. El cielo se oscurece más allá de la línea de azoteas. Mira al salpicadero; son cerca de las siete. ¿Cuánto tiempo lleva en el atasco? Los segundos pasan como años, como vidas. Cada vez está más preocupado. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Que cuando llegue, ella se haya ido. Que cuando abra el armario, su ropa ya no esté.

Comprueba el móvil, tirado en el asiento del copiloto como un bicho muerto: el vistazo número diecisiete. Ninguna notificación, ninguna respuesta a su último mensaje: un «te quiero» a la desesperada. Ese silencio antes no estaba allí: lo han construido entre ambos y se ha ido colando poco a poco por los resquicios de su vida en común hasta inundarlo todo.

«Si pudieras leerme la mente —piensa—, si supieras cuánto te necesito».

Un hombre pega la cara a la ventanilla. Alberto da un brinco en el asiento, sobresaltado. Es un vagabundo, un tipo enjuto, cadavérico, con el rostro envuelto en vendas y un solo ojo. Parece un espectro a medio consumir. Sacude varios paquetes de pañuelos de papel y Alberto niega con la cabeza. En la cara del hombre se intuye el final, aunque el final todavía esté lejos. La cercanía del vagabundo crea un efecto extraño en el cristal: su mejilla y su aliento dejan un espacio de vaho translúcido sobre la escarcha del vidrio.

¿Escarcha? Nota entonces el frío que entra por la ventilación del vehículo y por las ventanillas entreabiertas. Vuelve a mirar el salpicadero. La temperatura ha descendido más de veinte grados. ¿Qué está pasando? El vagabundo se aparta del coche. Tiene la piel azulada. Tirita, se abraza y mira hacia arriba, hacia el cielo.

Alberto también está temblando. El frío se le mete bajo la ropa y la carne y le muerde los huesos.

En las alturas se oye una explosión y la ciudad retumba; es un sonido colosal, definitivo, el tipo de estruendo capaz de partir un mundo. «¿Una bomba, un ataque terrorista?», se pregunta y piensa en salir del atasco, maniobrar hasta la acera y pisar el acelerador rumbo a Laura. Comienza a reconocer sonidos tras el zumbido que se le ha instalado en los oídos: las alarmas de los coches, el ruido de cristales que se rompen, gritos. El termómetro sigue bajando. Ya está en diez grados bajo cero. Hace un frío imposible, tanto frío que quema.

Levanta la mirada, aturdido. Hay una grieta en el firmamento. Un gran desgarrón en las alturas que cruza el cielo de parte a parte. La gente en las aceras grita y señala hacia arriba. El vagabundo está entre los coches, mirando hacia lo alto como una estatua congelada en una pose de pasmo. Varios conductores salen de sus vehículos, chillan.

«Quedaos dentro», acierta a pensar Alberto. No puede apartar la vista de la grieta. Sigue abriéndose allí arriba y algo parece moverse al otro lado.

«Laura, ¿estás viendo eso?».

Se oyen más explosiones y gritos. Intenta tranquilizarse, respira hondo y nota un dolor intenso en los pulmones. Un sinfín de sombras se precipita desde el cielo, una lluvia rápida y oscura. ¿Qué está cayendo? ¿Meteoros? ¿Proyectiles? ¿Los están atacando? Y el frío, el maldito frío... Los dedos se le están volviendo del mismo azul que el vendedor de pañuelos. Lo que cae se abre camino a través de la grieta. En un momento de delirio, Alberto se pregunta si la grieta se abre de norte a sur o de este a oeste. Laura solía reírse de su falta de orientación. «Te perdiste ese episodio de Barrio Sésamo», le decía. Y recuerda lo mucho que la ama, a pesar de que su sentido del humor es malo, facilón y a veces cruel. No quiere perderla. No, se dice, el final está lejos. Todavía muy lejos.

Las sombras caen del cielo. Oscuras, grasientas. Algunas tienen alas. Algo enorme choca contra un edificio cercano, una de las torres altas de la avenida. Una lluvia de ladrillos salpica el coche que está a la izquierda del Ford de Alberto. Una sombra trepa por la fachada dañada. Debe de ser una película, un sueño, un viaje de drogas. No puede estar pasando. La sombra trepadora es un escupitajo negro con patas largas articuladas y garras que atraviesan los ladrillos como si fueran de mantequilla. Arrastra tras de sí una cola bífida.

«Todo está bien, esto no es real. Si esa cosa tiene dos colas, no puede ser real». Y tampoco puede serlo la brecha en el cielo. Vuelve a fijar la vista en las alturas. Llueven monstruos. La gente echa a correr, algunos abandonan sus vehículos y huyen aterrados.

Una bandada de criaturas aladas oculta el cielo durante unos instantes. Sus alas son estrechas, membranosas, y vuelan arrastrando hilachas largas que bien podrían ser sus propios intestinos. Tienen cabezas enormes, con un hocico en embudo que

termina en un único colmillo. Han abierto las puertas del infierno y el mundo se ha llenado de demonios.

Ve una mujer que corre entre los coches. Tiene dos cabezas, o eso cree él, pero entonces cae de rodillas al suelo y Alberto se da cuenta de que la segunda cabeza no es suya, sino de un ser deforme y negro, subido a sus hombros como un pajarraco grotesco. Está devorándola. La mujer no tiene fuerzas para chillar y Alberto grita por ella. Grita por el horror desmedido de la escena, grita de miedo. Y también grita porque la mujer se parece a Laura. Es un poco más baja, pero tiene el mismo color de pelo y viste la misma clase de ropa. La criatura arranca una gran porción de carne, unida a parte del cuero cabelludo. Lo traga a trompicones y vuelve por más. Todos huyen alrededor de la mujer y el monstruo; nadie se detiene a ayudarla. Cada uno vive sumido en su propia película, en su sueño, en su mal viaje de drogas.

Alberto cierra los seguros e intenta maniobrar para escapar del atasco. El vagabundo aparece de la nada y cae sobre el capó del Ford: le faltan la cabeza y buena parte de los hombros. El móvil suena. «Ahora no, Laura, ahora no. No te lo vas a creer, pero tengo un tío decapitado encima del coche». Da marcha atrás, embiste el vehículo a su espalda y el cadáver mutilado resbala sobre la carrocería, dejando un rastro líquido y negro. El móvil deja de sonar. Alberto vuelve a golpear el coche detenido tras él en un intento de abrirse hueco. El monstruo continúa devorando a la mujer en un salpicar de sangre y esquirlas de hueso. Intenta no mirarlo, intenta no fijarse en esos ojos amarillentos que se derraman por una calavera negra, repleta de escarificaciones y espinas. Consigue al fin espacio suficiente para maniobrar entre los coches y, resoplando, gira el volante y enfila hacia la acera.

Un impacto brutal sacude al vehículo desde arriba. El techo se comba bajo el peso de lo que le ha caído encima. Alberto grita de nuevo, grita hasta que le duele la garganta, porque qué puede hacer sino gritar. El techo del Ford se rasga como papel. Contempla entre chillidos al nuevo engendro, un monstruo humanoide de color pardo que se asoma al interior del coche. No tiene ojos, solo una boca enorme y vertical en mitad de la cara, como una vagina repleta de dientes. No, dientes no: cuchillas. Alberto se orina encima, pero ni lo nota. La criatura se relame; su lengua es verde y está cubierta de pústulas.

El monstruo salta y Alberto aúlla. Es el final. Lo ve. Lo siente. Pero antes de que se produzca, antes de que esas garras hechas para trepanar, para eviscerar, cumplan su cometido, una mano corácea del tamaño del Ford se cierra sobre su atacante y se lo lleva por los aires.

Hay un gigante ahí fuera, un coloso del color de la bilis de cinco plantas de altura y cara de insecto, con la mayor parte de su esqueleto por fuera del cuerpo. Se lleva a la boca al espanto que ha reventado el coche y lo devora de dos mordiscos. Luego la mano desciende otra vez hacia el vehículo y agarra a Alberto. Siente como se le quiebran varias costillas, a él, que presumía de no haberse roto nunca nada. Grita y el gigante lo alza en el frío helado de este día vuelto noche, de este día que sangra una

luz rojiza, extraña, una luz de sala de revelado. Las fauces del coloso se abren y muestran una mandíbula de colmillos desordenados. Alberto ve al primer monstruo al fondo del paladar del gigante. Es un amasijo de carne a medio masticar, pero continúa con vida. Se arrastra tenaz por la lengua en busca de una salida, envuelto en jirones de su propia carne y órganos vitales.

La boca se cierra.

Ahora sí. Ahora sí es el final.

UNO

Winston parecía esculpido en roca negra. El galgo se había detenido en mitad del sendero, con el pelo encrespado y la vista fija al frente. No tardaron en oírse pasos a la carrera entre los árboles.

El monstruo irrumpió en el claro y Adra desenvainó el sable que llevaba a la espalda. Era un segador, una bestia acorazada de casi dos metros de altura. Saltó hacia ella sin dudar, sin pausa. La joven reuló para esquivar la acometida. Las cuchillas naturales del antebrazo de la criatura pasaron tan cerca de su cabeza que varios cabellos rubios salpicaron el aire. Ella se impulsó hacia atrás, cambió la espada de la mano derecha a la izquierda, la mano enguantada, y trazó un círculo con el arma, como si retase a su atacante a embestir de nuevo. El segador bramó y sus dos bocas paralelas se abrieron a un mismo tiempo para mostrarle los colmillos, pequeños y afilados, que brotaban de la masa amoratada de sus encías.

«Calma. Guarda la calma —se dijo Adra mientras volvía a cambiar la espada de mano—. Respira hondo y no te precipites». Su cuerpo se quejaba, agarrotado por la tensión.

El segador era un ejemplar enorme y estaba herido. Tenía perforaciones en el pecho y en un costado; de ellas brotaba un humo grisáceo, denso y maloliente. Adra sabía muy bien que no era fácil abrir brecha en la coraza de engendros como aquel; por eso mismo procuraba evitarlos. Se fijó en una herida concreta, muy cerca del corazón principal: el agujero en el exoesqueleto del monstruo tenía forma de estrella. Winston se dispuso a su lado con el sigilo de siempre. El galgo era grande para su raza y parecía aún más voluminoso por las dos alforjas que transportaba, una a cada flanco. Aun así, Adra sabía que Winston poco podía hacer en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con semejante alimaña. Mejor mantenerlo en retaguardia.

El segador golpeó el suelo con los puños, furioso, levantando grandes porciones de tierra y hierbajos.

«Sigue tu camino, bicho del demonio. Ya he terminado de cazar por hoy».

La criatura la miraba, inmóvil. Tenía los ojos enrojecidos, con la esclerótica amarillenta repleta de venas reventadas. Parecía ido. Adra comprendió que agonizaba. Los finos pseudópodos que rodeaban los labios del monstruo se erizaron un segundo antes de atacar. Se impulsó hacia ella alzando ambas zarpas, como si pretendiera abrazarla y estrecharla contra su pecho. Allí todavía se veían pedazos de sus últimas víctimas. Los segadores clavaban a sus presas en las espinas que cubrían

sus cuerpos y las dejaban ahí hasta que adquirían un grado de podredumbre a su gusto.

Adra atacó al mismo tiempo. Sabía que solo tendría una oportunidad. Dirigió la estocada hacia la carne que asomaba en la brecha entre esquirlas de coraza; el sable se hundió en la herida hasta media hoja. Retiró el arma al momento, entre salpicaduras de sangre y humo. El segador abrió sus bocas en una mueca extraña, como si no se creyera su propio final. Con un último espasmo consiguió golpear a Adra en el pecho; por suerte no fue con las cuchillas o el golpe la habría partido en dos. Retrocedió aturdida, sin respiración. Winston, como un rayo, se interpuso entre su adversario y ella, pero ya no hacía falta. Las rodillas del segador se flexionaron hacia atrás y se desplomó.

El galgo alzó la cabeza y olfateó, alerta ante posibles nuevas amenazas. Los segadores solían actuar en pareja, pero no había ni rastro del compañero de su atacante. Adra limpió la hoja de su espada contra la hierba pajiza primero y, después, con un pañuelo que sacó de un bolsillo de su mochila. Lo hizo con la mano enguantada, poniendo mucho cuidado en no mancharse. Cuando el pañuelo comenzó a humear lo dejó caer. La hierba, ya amarillenta, se volvió marrón al contacto con la sangre del segador. Adra pensó en los cazadores del bastión Atalaya, que luchaban con criaturas como aquella por deporte. Negó con la cabeza, incrédula.

Se acercó al cadáver y se acuclilló a su lado al tiempo que se cubría el rostro con el cuello de su camisola. El olor era inaguantable, como respirar carroña. No sabía cómo podía soportarlo Winston. Por norma general, el sentido del olfato de los galgos era bastante malo, pero aquel perro, como ella, era una rara excepción. Y eso les había salvado la vida en varias ocasiones.

Adra examinó las heridas del monstruo. La mayoría eran de arma de fuego, pero las quemaduras color óxido de un costado procedían a buen seguro de un ensalmo. Rodeó el cuerpo y, en su espalda, muy cerca de la columna vertebral izquierda, encontró un proyectil clavado en la coraza que no había llegado a explotar. Era una esfera plateada, recubierta de garfios, con un gran símbolo grabado en su centro: una cruz negra con una cruz blanca inscrita en su interior.

—Cruzados —murmuró. Winston gimió muy bajo, como si compartiera su sorpresa.

Era imposible. Aquellos dementes no se arriesgarían a acercarse tanto a Testamento, no después de lo que había ocurrido hacía cinco años.

Cerró los ojos y se forzó a respirar despacio.

«Cálmate. No pierdas el control. Tranquila. Haz lo que tienes que hacer, preocúpate después».

Adra extrajo su cartera de útiles de la alforja izquierda de Winston. Los segadores no estaban entre sus piezas de caza habituales y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Sacó una jeringuilla y tres cápsulas. Cargó la jeringa, la deslizó por debajo de la coraza del segador y llenó la primera cápsula de sangre. Cambió de

aguja, la clavó en el saco de testículos que colgaba entre las piernas del monstruo y le extrajo una buena cantidad de esperma. La tercera cápsula la llenó de orina. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, habría dedicado más tiempo al cadáver del segador, pero había cruzados cerca y eso la inquietaba.

Se levantó después de devolver los viales y la jeringuilla a la alforja. Se aproximó al punto entre los árboles por donde había irrumpido el monstruo. El rastro que había dejado era claro: huellas en la hierba, ramas tronchadas, cercos de vegetación muerta allí donde había caído la sangre... No hacían falta grandes dotes de rastreo para seguirlo. Adra miró hacia el este: en esa dirección, a unos veinte kilómetros de distancia, estaba Testamento, el bastión al que se dirigía antes de que el segador la interrumpiera. Las huellas iban en sentido contrario. Resopló. Alejarse de Testamento y del cinturón de seguridad que lo rodeaba era una llamada al desastre. Adra lo sabía. Y no le quedaba más remedio que seguir aquel rastro.

—Winston, ven. —Echó a andar.

El galgo la siguió en silencio. Rara vez ladraba, apenas gruñía. Llamar la atención en aquel mundo solía estar penado con la muerte y los instintos de Winston eran excelentes.

Adra avanzó entre la vegetación, tan atenta a su entorno como al rastro del segador. Un árbol vivo le cuchicheó algo en la distancia, pero no le prestó atención, estaba demasiado lejos como para caer bajo su influjo. La luz del atardecer se abría paso entre las ramas y espolvoreaba de tonos dorados su camino. El bosque olía a muerte añeja y a aguas estancadas.

Llegó a un pequeño desnivel del terreno y la vista a su izquierda se abrió, liberada de la barrera natural que formaban los árboles. Pudo contemplar las ruinas de la urbe cercana. Los edificios que no se habían venido abajo se alzaban en el crepúsculo como tumbas gigantescas, monumentos a un mundo desaparecido. Un rascacielos de cristal sobresalía en el centro de la ciudad muerta, recubierto por la telaraña babosa de un arcnonte. En la distancia, Adra pudo distinguir el esqueleto de un gigante de extremidades múltiples adherido a la red. Un sinfín de automóviles se oxidaba en las carreteras, entre légamo y asfalto fundido. Las ciudades muertas eran peligrosas, no era inteligente entrar en ellas. Adra había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho.

Comenzaba a notar el frío del anochecer y la luz se tornaba rojiza. Corría viento, ese viento helado que mordía, que se metía hasta en las ganas de vivir. Winston iba delante, olfateando el terreno; ella caminaba rápida tras él, algo encorvada para evitar las ramas de los árboles.

Miró de nuevo hacia el este. Cada vez estaba más lejos del bastión del duque Rocal y cuanto más se alejara más peligro correría. Debía extremar las precauciones, pero era inevitable que una parte de su mente la llevara de vuelta a su pasado. Era inevitable que recordara el pueblo donde había nacido, el pueblo que los cruzados habían arrasado cinco años atrás. Recordó el olor candente y pegajoso de la

carnicería. Recordó a su madre, destrozada por un ensalmo. Inspiró con fuerza.

«Respira, Adra, respira. Es importante que estés tranquila».

Después de diez minutos de marcha encontró los cuerpos. Varios carroñeros se estaban dando un festín con ellos. Eran criaturas mestizas, arañas mutadas con aspecto de cangrejo y escorpión, y cuatro pares de ojos dispuestos en vertical. Varias huyeron al verla, otras estaban demasiado ocupadas con sus presas, arrancando carne con sus pinzas. Adra las espantó a patadas.

Los cuerpos de los cruzados se disponían alrededor de otro segador muerto. Eran tres; distinguió los emblemas, la cruz negra y la cruz blanca. Su madre le había dicho que en el pasado habían existido muchos tipos de cruces, pero ella solo conocía esas dos y todavía apretaba los puños cuando las veía.

Estudió el lugar con Winston a su lado; la peste a putrefacción era insoportable. Por las pisadas y las huellas, Adra comprendió que se trataba de un grupo amplio, de entre quince y veinte efectivos. ¿Qué harían tan cerca de Testamento? Tenía que averiguarlo. Igual que tenía que averiguar si Absalón, el primado que guiaba la hueste que arrasó su pueblo, estaba con ellos. Era una posibilidad ínfima, ridícula y aun así... Contempló los cadáveres y torció el gesto. Estaban demasiado destrozados para sus propósitos. Ni siquiera tenían cara. Cayó en la cuenta de que la postura del segador era extraña: parecía doblado. Se envolvió la mano derecha en un trozo de tela y usó ambas para tirar del brazo del monstruo. Adra era fuerte, pero el cadáver del engendro pesaba lo suyo. Le costó gran esfuerzo desplazarlo y darle la vuelta.

Bajo el segador había otro cruzado. Las espinas del monstruo lo habían perforado, pero su cabeza estaba intacta: serviría. Adra se acuclilló junto al cuerpo y se quitó el guante izquierdo. La mano que quedó a la vista estaba despellejada, recubierta de sangre seca; podía intuirse el entramado venoso entre los músculos y tendones. Arrancó la cota de mallas al cadáver y le desgarró la túnica para después colocar la palma de su mano sobre el corazón.

Este volvió a latir al instante.

DOS

Los ojos del cruzado parecían querer salir de sus órbitas. El hombre escupió un cuajarón de sangre y, en un solo movimiento, intentó levantarse y quitarse a Adra de encima. Ella no soltó su presa; se inclinó sobre él, puso una rodilla en su pecho para evitar que se incorporara y lo aferró de las muñecas con ambas manos. La izquierda estaba ahora cubierta de sangre fresca y emitía una leve fosforescencia esmeralda.

Acercó su rostro al del resucitado.

—Céntrate, cabrón, céntrate —susurró—: Sé que es difícil, pero necesito que te centres. Cuanto antes acabe esto, mejor será para los dos.

Winston miraba en silencio, inmóvil, sentado junto a un cadáver. Los envolvía una calma espesa, una quietud de bosque muerto. Adra sacudió al hombre, pero este no terminaba de volver en sí. Se preguntó si su cerebro estaría demasiado dañado como para traerlo de vuelta. De la boca del cruzado salía un ruido inidentificable, una especie de quejido grave.

—Voy a hacerte dos preguntas —dijo Adra. Vocalizó con cuidado—. Sé sincero y te prometo que todo acabará rápido, ¿de acuerdo?

El hombre detuvo su lamento y por fin pareció consciente de su presencia. Tenía la mirada velada por el desconcierto y el miedo. Habló a duras penas, como si no recordase cómo utilizar la boca:

—¿Qué...? ¿Quién...?

Miró hacia arriba, atraído por el resplandor de la mano izquierda de Adra. Se revolvió al verla, espantado, y Adra hincó todavía más la rodilla en su pecho. El cruzado chilló de dolor. Su cuerpo comenzaba a responder. Aun en su desesperación, o quizá gracias a ella, fue capaz de rebelarse.

—¡Apártate de mí! ¡Apártate!

Gritó, furioso y se sacudió con todas sus fuerzas. Adra apretó los dientes, le soltó una muñeca, desenvainó el sable y colocó el filo bajo su garganta.

—Dos preguntas —insistió—. La primera: ¿qué hacéis aquí?

El cruzado la miró con extrañeza. O no comprendía la pregunta o no quería responder.

—Necesito que entiendas lo grave de la situación —le dijo Adra—. Estabas muerto y te he resucitado. Pero tu vuelta a la vida tiene truco: vas a convertirte en un monstruo.

—¿De qué estás hablando, bruja? ¡Déjame! ¡Déjame!

—Estás en plena transformación necrótica. Por eso duele tanto. Tu cuerpo está cambiando. Dentro de unos minutos dejarás de ser humano.

—¡Solo estoy herido! —Bajó la vista y descubrió las laceraciones que le abrían el pecho. Luego miró alrededor y vio lo que quedaba de sus compañeros.

—¿Solo herido? —Adra tiró de una de las manos del cruzado y se la enseñó. Las uñas, negras como el pecado, habían crecido un par de centímetros y la piel comenzaba a adquirir un tono verdoso—. Te queda poco tiempo, ya lo ves. Responde rápido si quieres que acabe con esto.

—¿Qué me has hecho? —chilló el cruzado. Su rostro se retorció en una mueca de dolor intenso. Adra no quería ni imaginar su sufrimiento. Debía de ser como si rompieras por dentro—. ¡Duele! ¡Duele! ¿Por qué duele tanto? —Se contorsionó en el suelo—: ¿Qué me has hecho? ¡¿Qué clase de monstruo eres?!

—Uno con el que te conviene colaborar —contestó—. Soy tu única esperanza. Solo yo puedo evitar que te transformes. No puedo salvarte la vida, pero puedo darte un final misericordioso. Dime por qué estáis aquí.

—¡Un nido! —contestó al fin, aunque más que una respuesta pareció un insulto—. ¡Buscábamos un nido!

—¿Un nido? ¿Un nido de qué?

El cruzado se tragó un grito. Sus mejillas habían comenzado a hervir. Dio una nueva sacudida en el suelo y luego se relajó. A pesar del dolor, encontró fuerzas para sonreír.

—Un nido de contaminados como tú, zorra. —Una vez más intentó incorporarse, sin éxito. Adra hizo más presión con la rodilla en su pecho. Era pequeña y ligera, pero al cuerpo destrozado del cruzado no le quedaban fuerzas.

—Si no respondes, dejaré que te transformes —le advirtió—. Formarás parte de las huestes de los leviatanes. Serás uno más de su ejército. ¿Eso quieres? ¿Convertirte en lo que odias?

El cruzado temblaba. Tenía la barbilla y el cuello manchados de sangre. Alzó la vista hacia las ramas desnudas y la luz de la tarde que moría. Allí en lo alto se intuía la inmensa grieta negra que partía los cielos. Cuando Adra comenzaba a asumir que no iba a conseguir más información, el hombre habló:

—Es una misión de exterminio. —Jadeó—. Tenemos informes de que alguien está experimentando con contaminados muy cerca de aquí. Más allá del bosque. Hacia el oeste.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—¿Esa es la segunda pregunta?

—Qué gracia. Responde, te queda poco tiempo.

Como para que subrayar aquella urgencia, el hombre sufrió una nueva convulsión, más larga. Su barbilla comenzaba a afilarse a medida que el hueso crecía. Se esforzó por continuar. Hablaba cada vez más deprisa.

—Capturamos un esclavo. Esos herejes juegan con contaminados y luego los

venden. Dimos con uno que había matado a su dueño, que había escapado. Una rata de piel blanca, con los ojos rojos y garras. Un hijo del diablo.

Adra rio.

—Seguís pensando que todo esto tiene que ver con Satanás y con vuestro viejo dios. —Levantó también la vista hacia la grieta—. Hay nuevos dioses en el mundo. Y no tienen nada que ver con los antiguos.

El cruzado no replicó.

Adra lo miró a los ojos. Intentó ignorar el hedor, el burbujeo del cuerpo en metamorfosis, la visión de la carne en pleno cambio. Carne herida, carne verde, carne cada vez más descompuesta. Estaba acostumbrada a la muerte y el horror, pero todavía la estremecía contemplar aquellas transformaciones. Sobre todo porque era ella quien las provocaba.

—Ahora viene la segunda pregunta —dijo—. No te preocupes. Es sencilla. ¿Hay algún primado con vosotros?

Para su sorpresa, el hombre respondió sin titubear:

—Sí, nos comanda el hermano Bautista —dijo—. Él nos ha traído hasta aquí. Él nos guía, él nos conduce. Y él te destripará.

—No si yo lo destripo antes —dijo ella. Habría sido mucha casualidad que fuera Absalón.

A pesar de su sufrimiento, el cruzado recogió su comentario con una risotada:

—¿Tú? ¿Destripar al primado Bautista, tú?

Adra se incorporó y le pegó una patada entre las piernas. El hombre aulló. Las botas de Adra eran duras y pesadas, con puntas de acero. Se arrepintió al instante: aquel golpe no era propio de ella. «Calma, guarda la calma. No te dejes llevar».

El cruzado gimió en el suelo. Miró a Adra y pareció a punto de insultarla de nuevo. De pronto su expresión cambió. Alzó las palmas de sus manos ante su rostro y contempló el bullir de la nueva carne que sustituía a la vieja. Esta parte siempre era igual: el momento en que realmente se daban cuenta de lo que les esperaba, de que solo Adra podía evitarlo.

—He contestado a tus preguntas —dijo el cruzado—. ¡He hecho lo que querías! Haz que pare.

—Cada vez duele más, ¿no es así? —preguntó ella—. Va a ser una fiesta cuando tus órganos empiecen a cambiar. Tal vez me quede un rato a verlo.

—Por favor —suplicó el hombre. Parecía a punto de echarse a llorar—. No quiero ser uno de vosotros. No quiero convertirme en algo como tú.

Adra lo decapitó de un solo mandoble, un tajo rápido de izquierda a derecha.

—No tienes ni idea de lo que soy yo.

El cruzado ya no pudo responder. La cabeza la miraba, con aspecto sorprendido, a escasos centímetros del resto del cuerpo. La muerte había detenido la transformación.

—No se merecía un final tan rápido —murmuró—. Supongo que me estoy ablandando.

El galgo la miró como si comprendiera. Adra estaba segura de que sí, de que el perro la entendía. A veces pensaba que era el único que lo hacía.

Más allá del bosque, hacia el oeste; o eso había dicho el cruzado. El sol bajaba y Adra se cubrió la vista con la mano buena. La mano humana. Se puso el guante en la izquierda y se incorporó.

Echó a andar con Winston a su lado, ágil y elegante pese a las alforjas abultadas. Caminó en la dirección señalada, aunque las indicaciones del resucitado le hacían poca falta. El rastro de los cruzados era más que evidente.

Antes de que pasaran diez minutos, comenzó a llover.

.....

Adra se asomó a la ventanilla de tela de malla y contempló el exterior, bañado de una luz tenue, cada vez más escarlata. No era una tienda de campaña cualquiera. Su tela protegía contra la radiación de baja intensidad, era ignífuga e impermeable y, lo más importante en aquel momento, evitaba que los parásitos de la lluvia la devoraran.

Su madre le había hablado de un tiempo anterior, muy lejano, un tiempo casi legendario, en el que la lluvia solo era agua. Sucia, a lo mejor, pero solo agua. No mordía. Eso también había cambiado.

Vio caer a los comecarne tras la malla; aunque diminutos, eran capaces de engullir a un ser humano en apenas unos segundos. *Pirañas de las nubes*, las llamaba su padre, y se reía cuando lo decía, como si fuera el mejor chiste del mundo. Eran minúsculos, pequeños escarabajos con protopatas de sierra y colmillos afilados. Adra se arrebujó en su capucha y se pegó más a Winston. «¿No hay nada en esta tierra que no sea carnívoro, tóxico o letal?», se preguntó. Quedaba muy poco de las viejas razas, de los perros, de los caballos, de los propios humanos... Y lo que quedaba se había vuelto taimado, dispuesto a lo que fuera para sobrevivir. De nuevo pensó en su padre, en aquella risa inocente. ¿Cómo había podido existir alguien tan despreocupado, tan feliz y optimista, en un mundo como aquel?

—¡El amor, Adra! —solía gritar su padre. Y lo gritó poco antes de desaparecer, antes de que lo perdieran de vista para siempre—. ¡El amor nos sigue haciendo felices!

—Menuda idiotez, papá —se dijo, por enésima vez.

Winston apoyó el morro sobre su hombro y ella le acarició la cabeza.

Poco después la lluvia escampó.

Era hora de cazar cruzados.

TRES

Adra dio con el lugar donde los cruzados se habían guarecido de la lluvia hambrienta. Quedaba a la sombra de un promontorio cubierto de árboles muertos, que se elevaba en el bosque como una mano de tierra. Se acuclilló en el suelo embarrado. Había huellas de postes aquí y allá; marcas en el suelo como código en un idioma ajeno: debían de haber improvisado algún tipo de techumbre en cuanto comenzó a llover. En los charcos de agua sucia todavía se retorció algún comecarne. Cogió uno entre dos dedos, lo partió por la mitad y sorbió la carne del interior. Eran comestibles si su muerte era reciente. Y ricos. Abrió otro para Winston.

El perro la ignoró; olisqueaba de aquí para allá con el hocico casi en tierra, sin acercarse a los parásitos que seguían con vida. Todavía en cuclillas, Adra examinó el terreno. Su madre le había enseñado todo lo que sabía sobre huellas. Y era mucho. Recordó las largas caminatas que habían dado juntas alrededor del pueblo: «Mira, Adra, esta es la pisada de un birloche, esta es una huella de doblelobo, esta de segador...».

Su estimación en el claro había sido correcta: todavía quedaban doce o trece hombres vivos, quizá alguno más; una cantidad nada desdeñable. Se arrepintió de no haber sacado más información del hombre al que había resucitado. «Mal, Adra, mal». ¿Con qué equipo contaban? Por lo que sabía, al menos llevaban lanzaensalmos. Y si había interpretado bien el símbolo grabado en la coraza de uno de los cadáveres, había artilleros en sus filas, lo que implicaba armamento pesado. ¿Tendrían cohetes? ¿Lanzallamas? ¿Habría algún maestro con ellos? Quizá lo más sensato sería regresar a Testamento y contar lo que había descubierto. Sacudió la cabeza y desechó la idea. Los hombres del duque no llegarían a tiempo. Eso si conseguía que Rocal le hiciera caso. En su último encuentro no se habían despedido en los mejores términos.

Resopló y se incorporó. Las huellas continuaban hacia el oeste. Llamó a Winston con un silbido corto y reanudó el camino. El perro le pisaba los talones. Su cuerpo esbelto rozó las piernas de Adra y el contacto le hizo recordar algo, no supo bien qué.

El paisaje era desolador. Siempre lo era en los límites del bosque; ahora más tras la lluvia de parásitos. Buena parte del terreno estaba cubierta por una alfombra de comecarne muertos, solo continuaban con vida los que permanecían sumergidos en los charcos de lluvia; los esfínteres que tenían por boca se abrían y cerraban, desesperados por alimentarse. Recordó algo que solía contar su madre. Algo sobre la vida media de la mariposa y de la mosca doméstica. Siempre se había preguntado qué

era una mariposa. Moscas había a raudales.

En su camino se encontró con los esqueletos de las criaturas que no habían podido escapar a tiempo de la lluvia asesina. La mayoría pertenecían a animales pequeños; los huesos estaban mondos. Los comecarne eran metódicos, eso había que concedérselo. La tierra alrededor de los esqueletos estaba removida. Los parásitos que habían tenido la fortuna de alimentarse se habían enterrado en el suelo y allí, a resguardo de depredadores, mutarían. La mayor parte no sobreviviría a la tensión del cambio, pero unos cuantos lograrían completar su ciclo y se convertirían en nuevos horrores de aquella tierra arrasada. Tras cada tormenta orgánica se gestaba una nueva generación de monstruos.

Adra miró arriba. A lo lejos flotaba la mole inmensa de un leviatán, cubría medio cielo y sus límites se perdían más allá del horizonte.

Volvió a escuchar la voz de su padre. En su memoria siempre iba corto de aliento, con paso ligero y entusiasmado, cargado de una cesta de hortalizas o con algún saco de bichos deshechos a cuestas:

«Nos ha tocado vivir en un mundo extraordinario, Adra querida. No te preocupes: todo irá bien. Todo irá bien, porque estamos juntos».

Lo había dicho con esa expresión risueña y optimista que tanto la irritaba a veces. Su padre había tenido razón: todo había ido bien (o no demasiado mal) hasta que él desapareció. Luego llegaron los cruzados y lo arrasaron todo. Adra nunca diría que vivían en un mundo extraordinario, diría que vivían en un mundo de locos, en un mundo de mierda, y si alguna vez se le olvidaba solo tenía que contemplar su mano enguantada para recordarlo. Para los cruzados y otros muchos, ella era un monstruo, una criatura no muy diferente a los engendros que habían llegado a través de la grieta o a los seres que los leviatanes generaban de manera espontánea. No era cierto: los contaminados no eran monstruos, los contaminados eran, simplemente, gente con mala suerte, personas que, como la tierra que habitaban, se habían visto afectadas por la magia nociva que los colosos del cielo habían traído consigo. Al menos ella podía camuflar su deformidad y pasar desapercibida; a algunos los asesinaban nada más nacer; otros, como su mellizo, morían por culpa de las mutaciones.

Según el cruzado muerto había un nido de contaminados un poco más adelante. Un lugar donde experimentaban con ellos y luego los vendían como esclavos. Esa era la otra cara de la moneda: unos aborrecían a los contaminados, otros los deseaban. Los burdeles de Arenga estaban llenos de ellos. Los duques también los tenían en alta estima; los compraban como guardaespaldas o como soldados para sus ejércitos. Adra odiaba a los esclavistas casi tanto como a los cruzados.

«Sería maravilloso que se mataran entre ellos», se dijo. No iba a tener tanta suerte, eso seguro.

La noche era profunda, pero a Adra no le importaba. Veía en la oscuridad como si fuera de día: otro de sus dones de contaminada. Pero no le hacía gracia avanzar por los bosques de noche, viajar en la oscuridad era arriesgado, sobre todo tan lejos de

Testamento. En otras condiciones, habría buscado el refugio de alguna rama alta, habría dormido allí junto a Winston a salvo en su arnés, pero sospechaba que los cruzados no pensaban detenerse.

Los árboles raleaban, la tierra era árida y seca, pedregosa. Pasó muy cerca del esqueleto fosilizado de un gigante de zarpas grandes, con una sola cuenca en mitad del cráneo. Alguien había grabado símbolos indescifrables en los huesos blancos. Adra olfateó, pegó el oído al suelo: no había rastro de magia allí. Aun así se alejó deprisa.

Poco después vislumbró las ruinas. Era un edificio antiguo, hecho pedazos, semioculto tras una hilera de árboles que se apostaba en el terreno como un pelotón de ejecución a la espera de órdenes. Winston y ella se acercaron con cautela, escudados entre los árboles y la maleza. En el pasado, el edificio debió de ser un gran barracón, con cúpulas en el techo y una torre al este.

La torre era ahora un montón de escombros y buena parte de la fachada del edificio se había venido abajo. Los restos oxidados de una verja rodeaban el lugar. Adra se acuclilló entre los árboles, palmeó el lomo de Winston y sacó un catalejo de su mochila. Lo extendió y examinó el edificio y sus alrededores. Las ventanas de la fachada parecían gritos silenciosos clavados en el muro; la puerta principal, un portón doble rectangular, esperaba entreabierta y entre ambas hojas distinguió el brazo extendido de un cadáver.

Contó hasta mil mientras examinaba el edificio. Nada se movía. Prestó atención. Tampoco se escuchaba ningún sonido más allá del viento que susurraba entre los cascotes y las ramas desnudas.

Se incorporó y avanzó a paso rápido, algo inclinada, hasta el basamento metálico de la verja. Tras unos instantes de quietud, corrió hacia la torre en ruinas. Winston fue tras ella, silencioso como una sombra.

Desenvainó el sable y contó hasta mil de nuevo, acuclillada entre los cascotes. Luego corrió hacia la puerta, desviando la mirada de cuando en cuando hacia las ventanas de la fachada destrozada. Nadie dio la voz de alarma ni intentó detenerla.

Llegó hasta el portón y se escudó tras la hoja izquierda. Winston se pegó a ella, la respiración del perro a su lado la tranquilizaba. Arriesgó un vistazo al interior del edificio. La puerta conducía a un recibidor amplio, con las paredes cubiertas de runas multicolores, y a unas escaleras que comunicaban con los niveles inferiores de la estructura; había desaparecido un tramo entero de escaleras: el que conducía a los pisos de arriba.

Había cuatro cuerpos en el interior, uno de ellos partido en dos. Ningún cruzado a la vista, ni vivo ni muerto. Examinó los cadáveres desde su posición: dos mujeres y dos hombres. Nada señalaba que pertenecieran a ninguna agrupación o misterio. Todavía olía a magia caliente y pólvora; no podían llevar más de media hora muertos. Sopesó la idea de resucitar a alguno para conseguir información, pero la descartó al instante: no podía correr el riesgo de que el resucitado gritara y pusiera en alerta a los

que estuvieran dentro.

Redobló la fuerza con que empuñaba el sable, se levantó y entró en el edificio. Ni sus pasos ni los de Winston levantaron eco alguno. Pasó entre los cuerpos y no pudo evitar pensar en el día en que había regresado a su pueblo tras buscar en vano a su padre. Aquella tarde también había caminado entre cadáveres. A cada paso que daba se encontraba con un rostro conocido: Köhli, Hikmat, su tío Jack, su madre...

«Calma. Guarda la calma. Adra. Utiliza el diafragma, hincha la barriga. Respira hondo y guarda la calma, la puta calma».

Cerró los ojos y una imagen enterrada en su cerebro se proyectó contra sus párpados. Ella, rodeada de perros muertos, pequeños galgos desmembrados, resplandecientes de sangre y entrañas. Se detuvo a medio paso. El corazón se le había disparado en el pecho.

«Cálmate, cálmate, cálmate». No podía perder el control. No allí. Respiró desde el vientre, visualizó su respiración como una corriente lenta y cálida que recorría su cuerpo.

Cuando consiguió serenarse volvió a ponerse en marcha.

Bajó las escaleras despacio, con los ojos entrecerrados. También había cuerpos abajo, cuatro más. Uno de ellos era un cruzado; le habían cortado la cabeza. Las paredes también estaban recubiertas de runas. Era hechicería de escudo y camuflaje, un intento burdo de mantener el lugar a salvo de demonios y curiosos. Todo aquel despliegue de arcanos señalaba que tenían a su disposición un gran caudal de magia.

En el centro de la sala, similar en tamaño a la de la planta de arriba, había una trampilla enorme, de dos por dos metros, abierta de par en par como un bostezo en la piedra. Huellas de sangre fresca conducían hasta las escaleras. Los cruzados habían seguido ese camino.

La joven se aproximó al hueco con Winston. El perro tenía el lomo escarpado y estaba visiblemente nervioso. Miró a Adra y luego a la trampilla, con los ojos muy abiertos. Luego se volvió otra vez hacia ella.

—Tranquilo, tranquilo —le dijo mientras lo acariciaba.

Adra se aproximó a la trampilla y escrutó dentro. Los peldaños descendían hasta otro nivel inferior. Vislumbró una galería estrecha que se adentraba hacia el norte. Cerca de las escaleras había un puesto de radio sobre una mesa metálica y otro cadáver, tumbado sobre el aparato. La radio crepitaba, rodeada de polillas luminosas. Oyó un estampido seco en las profundidades, seguido de un rugido que no podía proceder de una garganta humana.

Examinó sus opciones. Lo más inteligente era esconderse arriba y aguardar a que los cruzados salieran por su propio pie, si salían. O al menos dar tiempo a que todo se calmara por ahí abajo. Cualquier cosa antes de meterse a ciegas en un lugar desconocido. Retrocedió y miró alrededor, buscando donde ocultarse. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que Winston no estaba con ella. Se había acercado todavía más a la trampilla. Parecía ansioso por bajar.

—No, Winston, no —susurró—. Ven aquí, ahora. Ven.

El galgo siempre obedecía. Esta vez no lo hizo.

Olfateaba la oscuridad, ansioso. Recorrió el borde de la trampilla de parte a parte, sin parar de olisquear. ¿Qué lo ponía tan nervioso? Se escuchó otro rugido procedente de las tinieblas. Winston se giró de nuevo hacia ella, le dedicó una mirada intensa, de esas que solo pueden dedicar los perros, y descendió las escaleras a la carrera.

Ella lo insultó en voz baja.

Ni siquiera se le cruzó por la cabeza la idea de abandonar a Winston a su suerte. Escupió al suelo y luego, espada en mano, se adentró en la oscuridad.

CUATRO

Los peldaños eran estrechos y metálicos. Adra hizo lo posible por avanzar con sigilo y no ceder a la tentación de llamar a Winston a gritos. Cuando llegó al último escalón se detuvo. El perro la miraba, inmóvil unos metros más adelante; ella le hizo gestos para que regresara, pero el galgo echó a correr de nuevo.

—Pero qué...

Avanzó cautelosa por la galería; procuró no pararse a examinar el cadáver caído sobre el aparato de radio, pero no pudo evitar mirar hacia la mesa y hacia lo que antaño fue la cara de un hombre. Sus rasgos habían desaparecido, borrados por un ensalmo. Al menos debió de ser una muerte rápida.

Pequeños insectos zumbaban alrededor del aparato de radio: polillas incandescentes que parecían coloreadas por un niño torpe. «Parásitos de magia», pensó Adra. Eran un efecto secundario de algunos hechizos. La radio parecía irreal; sus contornos estaban carcomidos, desdibujados, al igual que las ropas del cadáver y la mesa. Las polillas roían los márgenes de la realidad, voraces. No solo eso: en un quiebro de la lógica, habían devorado hasta las palabras que se pronunciaron justo antes del hechizo y ahora no paraban de susurrarlas, como un mantra sin sentido. Adra las vio revolotear alrededor de la mesa y el cadáver, murmurando sin cesar. Alcanzó a distinguir algunas palabras, libres y ligeras. Escuchó un *disparos*, un *ayuda*, un *socorro* bajo el zumbido incesante de los insectos mágicos. No tardarían en desvanecerse. Adra se preguntó si el mensaje del guardia habría llegado a buen puerto. Para él, toda ayuda acudiría tarde.

Prosiguió la marcha; temblaba y se obligó a inspirar cada cuatro pasos. Cada músculo le rogaba ir más deprisa, pero no debía precipitarse. No sabía qué los aguardaba.

Pasó junto a dos nuevos cadáveres. Un hombre y una mujer. Con estos habían acabado a balazos, nada de ensalmos. La sangre trazaba arabescos sobre las paredes.

Otra vez escuchó un bramido, un ruido que no era humano. Un escalofrío viajó de su coxis al cráneo. Aun con su excelente visión nocturna, le costaba distinguir a Winston. De las paredes colgaban imágenes enmarcadas en metacrilato; pasaban por la periferia de su visión, bocetos difusos de formas extrañas.

Winston seguía muy por delante, pero de cuando en cuando se detenía, como si quisiera asegurarse de que ella iba detrás. Nunca había hecho nada parecido. ¿Nunca? Adra rebuscó entre sus recuerdos. Lo había visto así antes: emocionado, feliz,

deseoso de llegar a su objetivo... ¿pero cuándo?

—¿Qué has oído, Winston? ¿Por qué te has metido en este agujero?

Escuchó un disparo lejano, que parecía proceder de debajo de sus pies. Escuchó gritos, gruñidos. Todo abajo, más abajo, en lo profundo. Winston se detuvo otra vez, la miró con la lengua fuera, la comisura de la boca alta, clavándose en los pómulos. Adra habría jurado que sonreía.

—Vuelve aquí, hijo de...

Winston se puso otra vez en movimiento y Adra lo siguió por el pasillo interminable. El corredor se ensanchó tras un giro a la izquierda. Se topó con más cadáveres; entre ellos distinguió el de un hombre ataviado con un mono azul celeste, que tenía una etiqueta tejida en la pechera con su nombre y cargo: «Eduard R. Styles. Asistente». Una maraña de tuberías transparentes atravesaba el techo, repleto de líquidos turbios. Adra arrugó la nariz. El lugar apestaba a heces.

A la izquierda encontró una puerta abierta, que algún día fue verde pero ahora estaba cubierta de herrumbre y huellas oscuras. No quería mirar dentro, pero cómo no hacerlo. En el centro de la sala había una jaula acampanada que llegaba casi hasta el techo, repleta de cadáveres. El conjunto era fascinante: muerto sobre muerto sobre muerto, carne y más carne apilada. Eran contaminados, al menos dos docenas. Adra vislumbró escamas, picos y garras; manos palmeadas, alas y branquias. Apartó la vista de la pirámide de cuerpos tras los barrotes. En el otro extremo de la estancia había un montón de sacos; de uno de ellos sobresalía una mano pálida con solo dos dedos. Su gesto, absurdo, parecía una señal de victoria.

Siguió adelante.

El pasillo serpenteaba y ella miró a derecha e izquierda y, ahora sí, se fijó en los cuadros. El más cercano le pareció el esquema de un insecto, pero entonces la ilusión desfalleció y pudo leerlo como lo que era: runas. Eran símbolos, símbolos mágicos. Símbolos de protección y camuflaje, mucho más sofisticados que los de la entrada. Miró los cuadros con más detenimiento: sobre el metacrilato había manchas, ajenas a las runas, manchurroneos ocres que ocultaban los arcanos y que los desactivaban.

Arrugó la nariz. De allí procedía el olor a excremento. Adra resopló. Pocas cosas había tan poderosas como las incantaciones que usaban materia contaminada. La mayoría de las runas estaban desactivadas, las habían pintarrajeado con porquería de engendro. Los cruzados debían de llevar una buena cantidad en sus morrales. Adra se subió el cuello de la camisola hasta cubrirse la nariz y la boca.

—Mierda, mierda, mierda —murmuró, pero no había nadie para apreciar la redundancia.

Winston esperaba un poco más adelante, la cabeza vuelta hacia ella. Movía la cola como si acabara de cazar un conejo especialmente jugoso. A Adra le caía el flequillo en la cara. Se arrancó una horquilla y echó el pelo atrás; volvió a engancharlo. Se recolocó la capucha e ignoró un nuevo lamento que retumbó largo rato bajo sus pies.

Otra puerta abierta le reveló una nueva masacre. Casi todos los muertos vestían de lona gris; algunos estaban en jaulas o tenían grilletes en muñecas y tobillos. Los cruzados habían venido a matar, pero Adra sospechaba que no les estaba saliendo la jugada como esperaban: entre los cuerpos había dos de los suyos. La mayoría de estos cadáveres eran de mujeres preñadas. Las había de todas las edades y en todas las etapas de gestación. Adra maldijo de nuevo en voz baja. Distinguió también hombres y mujeres vestidos de azul marino. Sus muertes no le dieron ninguna lástima: ellos eran el personal al cargo de aquel infierno, estaba convencida. Los que vestían de gris eran sus víctimas.

Y eran contaminados, de eso tampoco cabía duda. La mayoría mostraba síntomas evidentes: algún miembro extra, cuernos, pigmentaciones extrañas de piel, cráneos descomunales... Era probable que los que no presentaban signos físicos sufrieran de otro tipo de mutación. Se sintió apenada por la pérdida de todas aquellas vidas.

Abandonó la sala de la matanza y volvió en busca de Winston, que la esperaba a unos metros de distancia, animándola a seguir. Meneaba el rabo: ¿cómo podía estar tan contento? Adra intentó hacer memoria de nuevo; el perro solo se mostraba tan emocionado cuando intuía la cercanía de personas por las que sentía afecto. Por un instante, Adra sintió una punzada de esperanza: ¿y si su padre estaba aquí? ¿Y si después de tanto tiempo lo hallaba al fin? Pero la esperanza dejó paso al pánico: no quería encontrarlo, no allí abajo. Porque si estaba en aquel lugar eso significaba que o bien era una víctima o un verdugo. Y su padre no era un contaminado. Su padre era el último hombre bueno sobre la faz de la Tierra, el último hombre feliz. Adra pensó que tal vez por eso había dejado de buscarlo, porque prefería aferrarse a esa imagen a permitir que la realidad la destruyera con alguno de sus giros atroces.

Tenía que alcanzar a Winston y salir de allí cuanto antes. Los cruzados habían dejado de tener importancia: que se pudrieran allí dentro.

Pero el galgo no parecía tener prisa por marcharse. Había llegado ya al final del pasillo, donde una escalera estrecha conducía a un nivel inferior. Muy cerca había un ascensor, una especie de montacargas. Adra apretó todos los botones del panel de control, pero ninguno respondió. Miró en derredor en la oscuridad casi total: las únicas luces eran pequeñas bombillas de emergencia situadas junto a las puertas, que apenas brillaban en la negrura. Una de ellas parpadeaba junto al ascensor, iluminando un cartel: «No tocar a los especímenes sin la presencia de un encargado de planta».

Winston se lanzó escalera abajo. Los bramidos regresaron, ahora con más volumen. Adra quiso encogerse, hacerse un ovillo en el suelo. Pensó en el pueblo, en cómo había sido antes de la masacre, en el hogar cálido donde había crecido, a salvo de los horrores. Pensó en el dormitorio que compartía con su madre y con Winston, en cómo se escondía bajo las mantas cuando algún aullido en las montañas la asustaba. Los alaridos ahora se habían transformado en un solo grito continuo, espeluznante, que se le colaba en la mente y amenazaba con quedarse a vivir en su cabeza.

Y entonces cesó.

El silencio inundó el corredor. Adra podía oír su propia respiración. Se preguntó si todo habría terminado, fuese lo que fuese *todo*.

Persiguió el lomo negro del galgo, que cada vez parecía más impaciente por marcarle el camino. Bajó las escaleras y desembocó en un nuevo pasillo que, tras un giro a la izquierda, se abría en un gran arco y se convertía en otra sala enorme. Allí aguardaban más cuerpos.

Casi todos llevaban los mismos monos de tela gris que había visto en las habitaciones superiores. Entre ellos había un solo cruzado. Tenía los ojos abiertos, pero ya no respiraba. Todavía sujetaba entre sus manos engarfiadas el cuerpo de un prisionero: parecía que los habían llevado hasta allí a rastras para ejecutarlos. Dos hombres con monos azules descansaban sentados a la entrada de la sala, ambos con las gargantas seccionadas. Winston olisqueaba entre el caos de cadáveres.

—¿Qué te pasa, chico? —preguntó Adra en un susurro—. ¿Qué estás buscando?

Winston la miró suplicante con sus intensos ojos oscuros, como si tuviera algo muy importante que decirle pero no supiera cómo. Regresó a su tarea de oler y buscar, pasó de un cuerpo a otro. Adra se acercó a él, apartó cadáveres a patadas, buscó algún atisbo de vida. Nada.

Winston soltó un gemido largo y fustigó las piernas de Adra con su cola. Había encontrado lo que buscaba. Lamió con alegría el rostro de una de las víctimas, se frotó contra el cuerpo, como si buscara revivirlo con su calor. El cadáver era de un chico joven, un muchacho moreno, que no podía tener más de diecisiete años. Nadie a quien ella conociera. Su muerte parecía similar a la de los que lo acompañaban: todos tenían el mismo color amoratado en el rostro, el mismo rictus de asfixia. Un ensalmo de estrangulamiento, supuso Adra.

Winston gimió de nuevo. Miró a Adra, luego al chico, luego a Adra. Esta se cubrió la cara con las manos, exasperada.

—¿Quieres que hable con él? ¿Es eso? ¿Quieres que lo resucite?

El galgo batió la cola con más fuerza y se tumbó ante el joven, entre los cadáveres de una anciana y un niño de seis o siete años con ojos de tiburón.

Winston esperaba un nuevo truco de magia.

CINCO

Adra se arrodilló entre los muertos. Ignoró los rostros lívidos y contempló el cadáver del joven. Era de tez cobriza, bien parecido. Tenía la barbilla marcada y los pómulos altos, la frente despejada y el cabello rizado. Era un rostro dulce y, pese a lo horrible de su muerte, parecía haber dado su último suspiro en paz.

Frunció el ceño. Lo que estaba a punto de hacer no tenía sentido. Iba a resucitar al chico porque se lo pedía su perro. Para después matarlo.

En la oscuridad de la sala, rota solo por un par de luces de emergencia, Adra se rindió.

Se retiró el guante de la mano izquierda y la piel ensangrentada quedó a la vista. Gotas del tamaño de monedas cayeron al suelo. La sangre aún no se había secado; no había tenido tiempo de recuperarse de la resurrección del cruzado. Se tomó un momento para mirar alrededor. El único movimiento era el fluir lento de las sustancias que recorrían la red de tuberías transparentes del techo; los únicos sonidos, su respiración y la de Winston. El lugar parecía tan muerto como los cadáveres que los rodeaban.

El galgo negro la contemplaba. «Hazlo —decían sus ojos, que parecían de carbón bajo la luz escasa—, hazlo».

Adra examinó la palma de su mano: la musculatura al aire, los cartílagos y las articulaciones, la blancura sucia de los huesos que se intuían bajo la carne como si su esqueleto estuviera iluminado por dentro. Desgarró el mono gris del joven. Colocó la mano izquierda sobre su pecho y le tapó la boca con la derecha.

Hubo un calambre súbito, un crepitar de energías ajenas, como de otro mundo. Adra jadeó, sorprendida. El cadáver del chico parecía defenderse, como si se negara a volver a la vida. Sintió el sabor metálico de la sangre en la boca y su mente se llenó de imágenes inconexas: cuerpos amontonados, cielos en llamas, un gigante que empuñaba una espada grande como un árbol... Sacudió la cabeza; procuró despejarse. ¿Qué había pasado? Miró al joven: continuaba muerto.

Era la primera vez que su poder fallaba. Siempre que había recurrido a su don había funcionado, daban igual las circunstancias. Cuando se disponía a intentarlo de nuevo, el cadáver dejó de serlo. El joven abrió los ojos de par en par y se enderezó en un movimiento rápido que la tomó desprevenida. Adra se echó hacia delante y apretó la mano derecha sobre la boca del chico, mientras le sostenía la cabeza con la izquierda. Él miró espantado a la desconocida que tenía enfrente y al perro que, en un

arranque de euforia, parecía a punto de abalanzarse sobre él.

—Winston, no —le dijo Adra al galgo—. Tranquilo —le pidió al resucitado—. No grites, por favor, porque si gritas nos meterás en un buen lío a los tres. Los que han matado a tus compañeros todavía están cerca y no queremos que vuelvan. ¿Lo entiendes? Si es así, asiente con la cabeza y te soltaré.

Él asintió varias veces para dejar claro que lo había comprendido. Adra asintió a su vez y retiró con precaución la mano de su boca. El joven reculó al momento entre los muertos, alejándose de Adra y el perro sonriente. Resopló al ver los cadáveres de sus compañeros.

Adra no tenía tiempo que perder.

—Necesito que te calmes, ¿de acuerdo? Quiero ayudarte y para eso necesito saber qué está pasando aquí.

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Me llamo Adra, el galgo es Winston. Pero eso no importa. ¿Qué es todo esto? ¿Dónde estamos? —«¿Y por qué quería mi perro que te resucitara?», pensó.

Los ojos horrorizados del chico no dejaban de recorrer los cuerpos que los cercaban.

—Los han... —Pareció atragantarse—. ¿Los han matado a todos?

«Y por desgracia a ti también», pensó Adra.

—Son cruzados. Están locos y les gusta matar. Es lo que mejor saben hacer. ¿Qué es este sitio? Contesta rápido, por favor. No tenemos mucho tiempo, pueden volver en cualquier momento. —«Y tengo que matarte, porque si no te mato, te convertirás en algo peor que ellos». Le sonrió, en un intento de tranquilizarlo—. Vamos a salir de esta —dijo y pensó que no era mentira: iba a hacer lo imposible para que su perro y ella salieran vivos del agujero—, pero necesito que me ayudes.

El joven continuaba aturdido. Se contempló el pecho y descubrió la huella rojiza que la mano de Adra había dejado en su piel. Las costillas se le marcaban bajo el mono medio abierto.

Al menos no se había puesto a gritar. Adra miró de reojo a Winston y se preguntó en qué lío la había metido. No recordaba haber visto nunca al galgo tan feliz. Parecía a punto de descoyuntarse la cola de tanto sacudirla.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al joven.

—Gale —contestó de inmediato—. Me llamo Gale, espécimen veintidós, planta segunda. Yo... —sacudió la cabeza—. Gale —dijo—. Solo Gale, por favor. —Y, a pesar de todo, sonrió. Y su sonrisa era enorme. Una sonrisa capaz de cegar al mundo.

—Gale, vale, Gale a secas. Es un nombre bonito, me gusta. ¿Dónde estamos, Gale? Necesito saberlo.

—En el infierno —contestó. Se restregó la cara con las muñecas, negras de roña—. Estamos en el infierno. —Intentó levantarse, pero estaba demasiado débil. Las piernas le fallaron y resbaló entre los cadáveres de los contaminados. Se llevó de nuevo la mano al pecho y torció el gesto, como si le doliera. ¿Estaría sintiendo ya el

inicio del cambio?—. Lo siento, lo siento —dijo—. Me cuesta pensar. —Sus ojos eran verde claro, de un verde curioso, un verde que Adra creía imposible.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —preguntó Adra.

—No lo sé, no lo sé... Años. —Se acarició el cabello. Las mangas se le bajaron y Adra descubrió marcas de agujas y huellas de sondas, que recorrían su piel como un tatuaje fractal—. Tenía doce cuando mis padres me vendieron —dijo—. No sé cuántos tengo ahora.

—¿Tus padres te vendieron? ¿Tus propios padres?

Gale no respondió. De cuando en cuando, su vista se apartaba de Adra para mirar los cuerpos. El horror aparecía en su rostro como relámpagos en una tormenta.

—¿De dónde eres? —preguntó Adra. Necesitaba que siguiera hablando. Si entraba en *shock*, lo perdería.

—De las colinas de Malparaíso, cerca del bastión Rojo —contestó él.

Adra asintió. Malparaíso estaba a unos trescientos kilómetros de Testamento. Eran los dominios del barón Europa, un hombre pintoresco, adicto a la necrofilia y a otras perversiones. De él se contaba que cuando se encaprichaba de una joven la asesinaba antes de poseerla.

—¡Tu mano! —Gale se fijó en la mano roja de Adra—. ¡Estás herida!

—No, no te preocupes. Es una herida vieja que no termina de curarse. —Se puso el guante. El joven hizo una nueva mueca de dolor—. ¿Cómo te encuentras? —preguntó, preocupada.

—Me duele la garganta —contestó—. Como si hubiera comido alambre de espino. Y siento un picor extraño en el pecho, justo aquí. —Se tocó la huella ensangrentada en el plexo solar—. Pero estoy bien. Estoy bien. ¿Esos hombres siguen aquí? Los cruzados...

—Eso me temo. ¿Pudiste verlos? ¿Cuántos eran?

Gale pareció dudar.

—Ocho. Eran ocho, sí. Uno de ellos llevaba una cruz tatuada en la mejilla.

—Un primado —dijo Adra—. Uno de sus capitanes.

—No han venido solo a matarnos —dijo Gale—. Quieren algo más. Quieren al Chacal. Se lo oí decir antes de sacarnos de las celdas.

—¿El Chacal? ¿Quién es?

—He oído hablar de él a los guardianes y a los médicos, pero no sé muy bien qué es. Ni siquiera estoy seguro de que sea un *él*. Sea lo que sea, lo tienen encerrado en los niveles inferiores.

—¿Un contaminado?

—No. Es otra cosa. Por el modo en que hablan, hasta ellos le tienen miedo. Es la esencia de este lugar. La razón de ser de este sitio.

Adra se incorporó. Winston aprovechó para acercarse al joven y lamerle las mejillas con ganas. Gale no se apartó y le acarició la cabeza. ¿Qué podía ser aquel Chacal? ¿Un engendro, tal vez? ¿Alguno de los monstruos que campaban a sus

anchas por el mundo? ¿Habrían capturado vivo algún demonio aquellos locos? Los cruzados lo buscaban, lo querían, pero ¿para qué? ¿Pretendían destruirlo o usarlo en su provecho? Sería una mala noticia que se hicieran con él.

¿Cuántos cruzados quedaban vivos a aquellas alturas? Cuando pasaron por esa sala, todavía había ocho, pero a buen seguro que ese número se había reducido todavía más en los niveles inferiores. No le quedaba más remedio que comprobarlo; no podía permitir que se salieran con la suya.

Miró a Gale y desenvainó la espada. Todavía no daba muestras de transformarse, pero no podía dejar al muchacho atrás. El galgo había apoyado la cabeza en su hombro y el joven lo había abrazado al tiempo que recostaba la mejilla contra su lomo. La felicidad de Winston se le clavó a Adra como un puñal, pero no le quedaba alternativa. Tenía que matarlo antes de que comenzara la agonía de la metamorfosis. El chico merecía eso, al menos.

Empuñó el arma con firmeza.

—Winston, aquí —le pidió. El perro la miró con la lengua fuera, los ojos brillantes y nula intención de obedecer. Iba a repetir la llamada cuando las luces se encendieron. La claridad la cegó unos instantes. Era una consecuencia nefasta de su visión nocturna: los cambios bruscos de luz la aturdían durante un buen rato.

Parpadeó hasta que sus ojos se acostumbraron a la iluminación. La luz era amarillenta, sucia.

Un motor se puso en marcha en el subsuelo, muy por debajo de ellos, con un zumbido leve. Sonó un disparo, el primero después de mucho tiempo, seguido de otro grito. Un nuevo mecanismo se puso en funcionamiento, un repiqueteo mecánico y continuado que sonaba como si alguien golpeará dos planchas de hierro entre sí. El sonido de motor se mantenía estable, pero el zumbido iba en aumento. Ambos procedían del ascensor. Estaba subiendo.

Adra contempló la puerta metálica con aprensión.

El motor y la vibración se detuvieron durante unos segundos y luego regresaron. Tras unos momentos, se produjo una nueva pausa y el mecanismo se reactivó. El ascensor se detenía en cada planta, comprendió Adra. Contuvo la respiración, con la vista fija en la puerta y el sable en alto. Escuchó un sonido ligero, un chasquido leve cuando el ascensor llegó a la planta en la que se encontraban. Un segundo después, la puerta se abrió con un deslizarse brusco hacia la izquierda.

En el ascensor solo viajaba una persona: un hombre corpulento, con los ojos en blanco y el uniforme gris de los contaminados desgarrado en las mangas y en el cuello. Tenía la boca abierta en un bostezo descomunal, un grito silencioso y exagerado que parecía a punto de desencajarle las mandíbulas. El contaminado trastabilló fuera con un movimiento convulso y torpe al tiempo que señalaba a Adra con la mano. Winston gruñó junto a ella, con la cola entre las patas.

Adra resopló. En la boca desencajada del hombre asomaba una cabeza diminuta de ojos rojos, una cabeza de muñequito, de bebé microcefálico. Mantenía abierta la

boca del contaminado con dos zarpas verdosas, una arriba y la otra abajo.

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó Adra a Gale, desviando un instante la mirada hacia él.

—No —contestó el joven. Apuntó hacia el frente con la barbilla—. Y ellos tampoco.

Tras el recién llegado habían aparecido decenas de pequeñas criaturas, no mayores que cangrejos carroñeros. Contaban con varias patas articuladas acabadas en garras, y por cuerpo tenían una cabeza minúscula, similar a la que asomaba de la boca abierta del contaminado.

La criatura dentro del hombre les dedicó una sonrisa de dientes afilados y tanto él como sus compañeras se abalanzaron sobre ellos.

SEIS

Una de las cabezas articuladas se adelantó al resto y se catapultó hacia Adra como una bala de cañón. Iba en busca de su rostro, pero ella la esperaba con la espada desenvainada. De un mandoble la partió en dos; la envolvió una lluvia violenta de sangre y materia encefálica.

Saltó otro engendro, pero no llegó tan lejos como su compañero. Winston lo cazó al vuelo y tardó poco en convertirlo en un despojo. Por el rabillo del ojo, Adra pudo ver al perro sacudiendo los restos de la criatura como si de una pelota vieja se tratara.

El gigantón contemplaba a Adra tras su séquito de horrores; inclinaba la cabeza de forma extraña, como si tuviera el cuello roto. Un reguero de sudor se deslizó bajo la ropa de Adra. El calor allí abajo era intenso.

Las cabezas se lanzaron en manada hacia ella. Adra retrocedió. Iba a necesitar algo más que su perro y su espada para defenderse. Echó mano a su cinto: allí aguardaba su lanzaensalmos. Apretó el resorte diminuto que liberaba el arma y notó el tacto rugoso de la culata contra la palma de su mano derecha.

Apuntó a la riada de espantos y apretó el gatillo. El ensalmo cargado era un hechizo de calcinación, pero lo que brotó del arma fue una lluvia inofensiva de pétalos violetas. Adra insultó a la puta madre del azar y redujo a pisotones a varios arácnidos mientras retrocedía y contaba hasta cinco, el tiempo necesario para que el arma se enfriara. Las criaturas quedaron convertidas en una pasta gris y roja pegada al suelo. Todo despedía un olor químico, ácido y rancio a la vez. Parásitos de magia volaban de aquí para allá y repetían las maldiciones de Adra.

Disparó de nuevo y, ahora sí, una ráfaga de aire incendiario salió del arma a una velocidad terrible. Tuvo el tiempo justo de ver como la hueste de cabezas se achicharraba tras la cortina de llamas. El humo provocado por el hechizo ya afectaba a su visión, pero pudo localizar a un artrópodo agonizante que se arrastraba hacia ella. Lo remató de un pisotón y retrocedió en busca de una orilla en aquel mar de humo.

Se cubrió la boca y la nariz con la ropa. Había usado dos ensalmos y cada uno de ellos costaba más de lo que se podía permitir gastar. Adra vivía de vender los fluidos y sangre de los monstruos que cazaba (lo que le había extraído al segador le serviría para pagar durante dos meses el alquiler de su buhardilla en Testamento), pero el dinero que ganaba parecía desaparecer en cuanto llegaba a sus manos. Los salmos incendiarios le habían costado semanas de caza, y uno de ellos ni siquiera había

funcionado. Maldijo a Jezek, su proveedor y casero, aunque sabía que él no tenía la culpa. La magia era traicionera.

Miró atrás y vio a Winston plantado delante de Gale; lo estaba protegiendo. Adra se subió un poco más la capucha para que le cubriera la boca, pero en realidad no hacía falta. El humo comenzaba a disiparse y las llamas desaparecían por sí solas. Observó con atención al chico: ¿por qué no había comenzado a transformarse todavía? Seguía siendo humano, un humano asustado que blandía un trozo de tubería que había arrancado de la pared más cercana. Del tubo roto goteaba un líquido azulado que siseaba al contacto con el hormigón del suelo.

Un movimiento inesperado a su espalda reclamó su atención. De entre los restos de humo emergía una forma oscura.

«No puede ser», pensó Adra, aunque sabía que sí, que podía ser y que era.

El hombre gigante y deforme, el hombre pilotado, continuaba avanzando hacia ella. Ya no le quedaba ropa; tampoco le quedaba piel. Y apenas carne. Sobre sus huesos ennegrecidos colgaban jirones de músculo roto, pero a pesar de su estado seguía marchando hacia ella. La criatura que manejaba aquel cuerpo había quedado maltrecha, pero seguía viva tras la mandíbula descarnada; sus ojos brillaban llenos de determinación.

Engañada por su lentitud, Adra pensó que tenía tiempo de sobra para enfundar el lanzaensalmos descargado y desenvainar su sable, pero antes de poder actuar aquella cosa aceleró y embistió contra ella.

Su fuerza bruta la lanzó al suelo. Escuchó dos golpes: uno, el de su cabeza al chocar contra el suelo; otro, el de su lanzaensalmos, que salió disparado de su mano y aterrizó a un par de metros de distancia. Sobre ella, el hombre-esqueleto elevó un puño y lo descargó en su rostro. Adra apartó la cara en un movimiento desesperado y el golpe solo le alcanzó en una oreja. No sintió dolor: solo un ruido sordo. Atacó. Se incorporó y lanzó un puñetazo con la derecha mientras tomaba el sable con la izquierda. Su puño impactó contra la mandíbula del gigante y saltaron varios dientes. La criatura piloto chillaba frenética. Adra alzó su mano enguantada y levantó su sable en vertical; chocó con hueso, pero hizo el daño suficiente como para que su enemigo aflojara un poco la presa. Adra se incorporó a medias y lanzó una nueva estocada a través de la mandíbula entreabierta del cadáver. La hoja atravesó de lleno al monstruo piloto, que se desinfló en el acto, rezumando sangre y ventosidades. El cuerpo titubeó unos segundos, como si no tuviera claro si seguía vivo o no. Luego se desplomó sobre Adra.

Ella inspiró, hizo a un lado el esqueleto renegrido y después se incorporó. Se palpó la oreja dolorida. Tenía el lóbulo machacado, pero no parecía demasiado grave.

—Ha sido impresionante —oyó decir a Gale a su espalda.

Se giró hacia él, alerta. «¿Por qué no se transforma?», se preguntó de nuevo. Examinó al muchacho con atención. Seguía con el trozo de tubería en la mano. El líquido que le había salpicado al arrancarla le había quemado la ropa, que ahora

mostraba manchas de azul oscuro sobre el pecho y el cuello.

—¿Estás bien? —le preguntó—. No te han herido, ¿verdad?

Gale sacudió la cabeza.

—Ni se me han acercado —dijo—. Ha sido fantástico, en serio. El modo en que has terminado con esas cosas, me refiero. Oye, ¿y lo de los pétalos para qué era? ¿Les dabas la bienvenida?

Adra sonrió a su pesar. Estuvo tentada de seguirle la broma, pero al final no lo hizo.

—Un hechizo que salió mal —confesó.

El chico le caía bien. Y a ella nunca le caía bien nadie. Quizá fueran sus ojos o el modo en que sonreía. Daba igual. Tenía que matarlo. Y era mejor hacerlo cuanto antes. No quería ver como se convertía en un nuevo horror que viniera a perseguirla en sueños.

Adra recogió el lanzaensalmos del suelo.

«¿Y si no se transforma?», se preguntó de pronto. No podía ser. Era imposible. No había pasado nunca. Matarlo era la elección más lógica, sin duda. Pero la felicidad de Winston, que no se apartaba del joven, la hizo dudar.

Miró a una de las puertas abiertas. Daba a una celda, una mazmorra oscura con un pasador exterior. De allí habían sacado a los contaminados antes de matarlos con el hechizo de asfixia. Evaluó la puerta. Parecía lo bastante fuerte como para resistir un cañonazo directo. Esperaba que fuera suficiente.

—Entra en la celda —dijo Adra y le apuntó con el lanzaensalmos. El arma estaba descargada, pero el chico no tenía por qué saberlo. Gale la miró sin entender—. Ya has visto lo que hace esta cosa. Entra en la celda si no quieres que la use contigo.

—He visto lo que hace, sí, y no creo que se lo quieras hacer a tu perro —replicó Gale.

Winston estaba pegado a él, mirándola con los ojos muy abiertos y la cola otra vez entre las piernas. Se acercó aún más a Gale.

Adra sacudió la cabeza y desenvainó el sable. Luego señaló con él al chico.

—Entra ahí —insistió—. Luego volveré por ti. —«Y te mataré si te has transformado».

—¿Cómo sé qué volverás? ¿Cómo sé que no te marcharás y me dejarás encerrado?

—Volveré, te lo prometo —dijo Adra—. Ahora entra ahí. Es por tu bien, para mantenerte a salvo. —No podía decirle la verdad. No podía decirle que estaba a punto de transformarse en monstruo—. Tengo que evitar que los cruzados lleguen al Chacal y tú solo me retrasarías. Y no quiero dejarte atrás.

—¿Y me tienes que dejar encerrado? ¡Deja al menos que me vaya!

—No te conozco. No sé quién eres. No sé si puedo confiar en ti —dijo ella. Se acercó más, señalando con su sable al pecho del joven—. A la celda.

Gale bajó la mirada a la hoja que enarbolaba Adra. Winston seguía junto a él,

cada vez más apocado, el rabo pegado al estómago.

—¿Estás loca?

—A la celda, ahora —dijo Adra.

Gale obedeció. Ella se aproximó y cerró la puerta justo cuando Winston, tras vacilar un instante, se disponía a entrar también. Adra corrió el cerrojo y dejó al chico encerrado. La puerta tenía una pequeña ventanilla de cristal en la parte alta. Gale la observaba, tenso.

—¿En serio vas a dejarme aquí? —Su voz sonaba lejana tras la puerta.

—No tengo más remedio —insistió Adra. Luego se dirigió al perro—. Vámonos, Winston. Vamos a cazar.

El galgo no se inmutó. Permaneció sentado junto a la puerta de la celda.

—No parece hacerte mucho caso —dijo Gale—. ¿Por qué no me dejas salir?

—Cállate —ordenó Adra. Se dirigió de nuevo al perro—. Winston, vamos.

El perro la miraba y jadeaba, con la lengua fuera. Estaba claro que entendía bien lo que le pedía; elegía ignorarla. Por alguna razón estrambótica, se negaba a abandonar a Gale.

Adra gruñó. Pensó en acercarse, agarrar al galgo por las alforjas y moverlo a la fuerza, pero desechó la idea de inmediato. Ya sabía lo que era intentar mover cuarenta y cinco kilos de perro testarudo. Inútil, bastante inútil.

—Volveré por vosotros. No os mováis de aquí.

Gale se encogió de hombros; tampoco tenía más remedio. Winston se tumbó y apoyó la cabeza en el suelo junto a la puerta cerrada. Adra intentó ignorar sus ojos de perro suplicante.

—Si te quedas sin dueña, no esperes que ese te dé cortezas de pan, ¿eh, Winston?

—¡Claro que se las daré! ¡Todas las que quiera!

—Oh, cállate ya.

El galgo seguía con el morro pegado al suelo y los ojos elevados en un gesto que, en otras circunstancias, a Adra le habría parecido gracioso.

—Ahí os quedáis —dijo con un resoplido derrotado.

Echó a andar hacia el otro tramo de escaleras, al otro lado de la enorme estancia. Envainó la espada y desfundó de nuevo el lanzaensalmos. Era un arma espléndida. Había muy pocas así. No solo tenía capacidad para varios ensalmos (a diferencia de la mayoría de las armas que se veían por ahí, de un solo tiro), sino que permitía graduar la intensidad del sortilegio para no dispararlo de una sola vez. Era, de lejos, su posesión más valiosa. Y la que más aborrecía.

En el cinto llevaba varios hechizos, cada uno dentro de su correspondiente cartucho. Escogió otros dos de abrasión y los introdujo en el cargador lateral del arma. Sí, eran hechizos caros, pero ni por asomo tanto como el hechizo del cartucho blanco que guardaba en la recámara del arma, asegurado siempre para no dispararlo por azar. Aquel sortilegio le había costado una verdadera fortuna. Estaba optimizado a la perfección: su efectividad estaba garantizada a un noventa y cinco por ciento, el

máximo que se podía conseguir en aquellos tiempos.

Reservaba aquel hechizo para un hombre muy particular: para el antiguo dueño del lanzaensalmos que empuñaba. Para Absalón.

Para el hombre que había matado a su madre con aquella misma arma.

SIETE

Adra se sacudió de encima una sensación poderosa de *déjà vu*. Esta planta parecía un calco exacto de la estancia de arriba: una galería enorme, con puertas a izquierda y derecha, y un montón de cadáveres en el centro. Los cruzados habían repetido la operación. Habían sacado a los prisioneros de sus celdas y habían acabado con ellos con un ensalmo de asfixia. Había decenas de muertos apilados, todos con el mismo mono gris.

El nacimiento de niños afectados por la magia de los leviatanes era cada vez más frecuente, pero aun así le sorprendió la cantidad de contaminados que habían reunido en aquel lugar. «Mis padres me vendieron», había dicho Gale. ¿Conseguían así sus especímenes, los compraban? Aunque así fuera, eran demasiados.

«¿Quiénes sois? —se preguntó mientras avanzaba entre cadáveres—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Y qué diablos es ese Chacal?».

No hacía otra cosa que darle vueltas al chico y a Winston. El galgo no había actuado nunca de ese modo. Según Décima (y qué mal le sentaba recordar siquiera a Décima), de entre Adra y Winston, el perro era el que tenía más sentido común. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién era ese Gale? Un contaminado a buen seguro; aunque a primera vista no parecía tener ninguna anormalidad, eso no significaba nada. Ella también parecía una humana corriente y estaba muy lejos de serlo. ¿Tendría alguna habilidad especial? ¿Y por qué tardaba tanto en transformarse? No le gustaba nada la idea de haberlos dejado atrás. Pero no podía hacer otra cosa.

Se obligó a apartar al muchacho y al galgo de su pensamiento y se concentró en la galería. Miró alrededor, con el dedo firme en el gatillo del lanzaensalmos. Estaba claro que allí el mantenimiento no era una prioridad: muchas de las planchas de metal de las paredes tenían manchas de óxido y había polvo por doquier. Las tuberías tomaban el techo, apiñadas como serpientes translúcidas. De una de ellas, la central, procedía la luz que iluminaba el lugar. Adra se aflojó la capa. Cada vez hacía más calor; si había algún sistema de control de la temperatura en aquel sitio, no se había puesto en marcha al volver la energía.

Aquí y allá se veían también cadáveres del personal al cargo de las instalaciones, tanto médicos y enfermeros como miembros de seguridad. Por primera vez se dio cuenta del pequeño emblema que tenían bordado en las solapas y en las hombreras: una torrecilla almenada. ¿Algún símbolo de la organización a la que pertenecían? Los monos de los prisioneros no lo llevaban. A mitad de camino hacia las escaleras del

otro extremo de la planta, Adra se topó con los cuerpos de dos cruzados. «Quedan seis», pensó. Junto a ellos yacía el contaminado que los había matado: una bestia acorazada de dos metros y medio de envergadura, con la cabeza llena de tumores y verrugas. Sus ojos enormes, de pupila horizontal, le cubrían medio rostro. Él solo había acabado con dos cruzados antes de que lo abatieran.

Un gruñido bajo en las proximidades hizo que Adra se pusiera en guardia. Reemprendió la marcha, rumbo al siguiente tramo de escaleras. Avanzaba despacio, con cautela. Ahora todas las puertas estaban cerradas. Tuvo la impresión de que después del incidente con el monstruo acorazado los cruzados habían desistido de sacar a los prisioneros de sus celdas. Adra comprobó que todas estas puertas tenían runas de cierre, además de pestillos dobles. Se intuían sombras tras las cristaleras, sombras grotescas.

Volvió a escucharse el mismo gruñido bajo. Venía de la segunda puerta a su izquierda. Se aproximó hasta allí con cautela. La mirilla medía unos quince por quince centímetros y era de cristal reforzado. Contuvo la respiración y miró a través de ella. Había un contaminado en el otro extremo de la celda, tumbado sobre sí mismo. Una cabeza ovalada, repleta de espinas, se alzó sobre el nido de costillas descarnadas que era su pecho. No había ojos en sus cuencas, sino una especie de revoltijo de telarañas sobre la que corrían unos seres diminutos, de un rojo intenso. Dos tuberías descendían del techo: una estaba clavada en el cráneo de la criatura, la segunda se hundía en su espina dorsal. Aquella cosa emitió un sonido gutural al tiempo que extendía una mano en dirección a Adra, como si intuyera su presencia. Los dedos eran fofos y de aspecto blando, con uñas blancas y agrietadas. Junto a la puerta había un rótulo informativo. Adra lo leyó.

ESPÉCIMEN 31. Híbrido. Destila y respira veneno. Dolor continuo; no sedar. Todo sujeto que entre en contacto directo con el espécimen deberá ser neutralizado de inmediato.

Una hilacha de baba verde fluyó de la boca del monstruo, una abertura en vertical de pliegues rosáceos. Emitió un quejido apagado. Adra se obligó a apartar la vista.

En la celda siguiente había una criatura tumbada en una camilla. Tenía cuerpo de mujer y cabeza de anémona y en lugar de brazos contaba con ramilletes de pseudópodos blancos. También tenía dos tuberías inyectadas: una en la nuca y otra en el vientre. Adra leyó la información en la puerta:

ESPÉCIMEN 34. Tratar siempre bajo condiciones controladas. Protocolos: A en circunstancias

normales y B cuando el espécimen esté sedado.
Advertencia: telepatía unidireccional de baja
intensidad.

La criatura la miraba. Dos pepitas diminutas, negras y brillantes, le servían de ojos.

—Adraaaaa —se escuchó, como un eco inesperado en la galería.

La joven se sobresaltó. Telepatía unidireccional... ¿le estaría leyendo el pensamiento?

—Adraaaaa —repitió aquella cosa—. Sálvame, Adraaaa. Sálvame.

Se alejó de la puerta, conmocionada a su pesar, y continuó su camino. La voz de la mujer anémoma parecía perseguirla por el pasillo. Se estremeció y apuró el paso.

Nunca había visto contaminados semejantes. Sus mutaciones eran exageradas. Parecían más emparentados con los engendros de los leviatanes que con la especie humana. Se preguntó por enésima vez qué tipo de experimentos estaban realizando con ellos.

Pasó por alto el resto de celdas en su camino hacia las escaleras. Al otro lado de la última puerta algo le siseó. Un haz de porquería anaranjada restalló de pronto contra la mirilla y resbaló por el cristal con un sonido viscoso. Adra empuñó con más fuerza el lanzaensalmos.

Una reja de seguridad había impedido el paso a las escaleras que descendían al nivel inferior, pero los cruzados se habían encargado de destrozarla y hacer a un lado sus restos. Todavía se podía leer el cartel de advertencia, que ahora quedaba a medio descolgar:

Área restringida. Paso solo autorizado a personal
de nivel 1-2.

Aquellas escaleras eran el camino hacia el Chacal. Adra aguzó el oído. Creyó oír voces a lo lejos, pero tenían un deje extraño, repetitivo, como si allí abajo hubiera un enjambre suelto de polillas de magia. Bajó los peldaños con cuidado. Llevaba el lanzaensalmos en una mano, el sable en la otra. El olor era nauseabundo; el calor, cada vez más insoportable. Desembocó en una habitación rectangular de suelo y paredes blancas, con una mesa en un lateral y una nueva puerta al fondo, una puerta negra a medio abrir. Todo apestaba a vísceras destrozadas.

En la pared a la izquierda de la escalera había un *collage* sangriento. Alguien había reventado allí y sus restos habían salpicado tanto el muro como el techo. «Quedan cinco», pensó. La explosión había sido tan potente que era difícil hallar un pedazo mayor que una uña. Adra se mostró más cautelosa, si cabía. Era de esperar

que hubiera más sortilegios defensivos allí abajo: lo más probable era que un cruzado hubiera pisado o tocado alguno sin querer. ¿Serían runas explosivas camufladas en el suelo?

Había otros tres cadáveres al fondo de la sala y los tres eran miembros de la seguridad de las instalaciones: uno estaba tirado en la mesa; los otros, acribillados junto a la puerta. Se preguntó si los cruzados habían desactivado todas las runas explosivas del pasaje. No podía saberlo a ciencia cierta. Por lo menos habían tenido la deferencia de marcar el camino hacia la puerta con sus huellas.

Adra avanzó. La puerta era un portón doble, impresionante, que casi llegaba hasta el techo, con advertencias de seguridad por doquier. Habían desactivado las runas y sortilegios con más fluidos y porquería de monstruo. El marco chisporroteaba con la magia de cierre alterada, aquí y allá volaban los parásitos, mordisqueando tanto la jamba como la sombra de la hoja contra la pared. El portón estaba entreabierto. Adra se acercó a él y miró al otro lado.

Lo primero que vio fueron dos cruzados, situados a apenas un metro del umbral. Uno estaba muerto y el otro lo estaba devorando, medio atragantado por el ansia. El cadáver estaba abierto en canal, de la entrepierna a la garganta, y su compañera, una mujer de pelo rubio corto, hurgaba en sus entrañas con ambas manos, tiraba, desgarraba y luego masticaba con voracidad. No paraba de llorar. Miró a Adra, con el rostro bañado en sangre y lágrimas. Tragó con urgencia.

—Tengo... —La primera palabra fue ronca, casi inaudible entre carne masticada. La mujer intentó aclararse la garganta—. Tengo que sacarlo de aquí. —En su tono había necesidad de explicarse, de que Adra comprendiera—. Tengo que salvarlo. Me lo guardaré dentro y nos iremos lejos. Eso haré, sí. ¡Eso haré!

Adra inspiró con fuerza, atrapó todo el aire que pudo y contó hasta siete antes de soltarlo de nuevo, lento, muy lento. «Guarda la calma. Por lo que más quieras: guarda la calma».

Miró más allá de la escena macabra que tenía delante.

Había otros dos cruzados en el pasillo. Uno estaba muerto, y por su postura y el arma en la mano daba la impresión de que él mismo se había quitado la vida. El otro estaba arrodillado y no dejaba de golpearse la cabeza contra la pared. Había ya una mancha de sangre en el metal, salpicada de esquirlas de hueso. El golpeteo era constante. No iba a parar hasta matarse.

—Voy a sacarlo de aquí —insistía la mujer, que había vuelto a la tarea de devorar a su compañero. De nuevo hablaba con la boca llena, costaba entender lo que decía—. Lo sacaré, sí, bien escondido dentro, bien escondido. Nadie lo verá, nadie sabrá que lo llevo conmigo. ¡Nadie! —gritó mientras tiraba con sus dientes de una hebra larga de carne.

Adra pasó por fin al otro lado del umbral. Nada más hacerlo sintió una bofetada psíquica; una corriente oscura y maligna acababa de recorrerla de parte a parte. No era magia. Era otra cosa. Una conciencia inhumana y bestial que la examinaba. ¿El

Chacal? Apretó los dientes y miró hacia delante.

La galería se prolongaba unos veinte metros para ir a terminar ante una segunda puerta, gemela a la anterior. De su parte alta surgía un caos de tuberías transparentes, algunas gruesas como su brazo. A Adra le recordaron a las marañas de raíces que coronaban los árboles inversos de Pacua. Los ruidos grotescos de la mujer caníbal se convirtieron en regüeldos asfixiados. Se había atragantado. Adra vio como se llevaba una mano a la boca en un intento de liberar sus vías respiratorias mientras se aferraba la garganta con la otra mano. Los ojos se le pusieron en blanco al tiempo que su rostro viraba al azul.

Adra, sin pensar, le clavó el sable en el pecho.

Tiró del arma y el cuerpo de la mujer se desplomó sobre el de su compañero. Miró hacia adelante. El único cruzado vivo en el pasillo continuaba ajeno a su presencia, pendiente solo del golpeteo sostenido, continuo, medido, que lo unía a la pared. Anduvo hacia él, sin apartar la vista de la puerta negra. Conforme se acercaba el aire parecía más espeso a su alrededor, la realidad vibraba. Cuando pasó junto al cruzado arrodillado le hundió el sable en la nuca. La sangre la salpicó, pero poco le importaba. El hombre murió en silencio. Adra extrajo la hoja y continuó su camino.

La puerta era negra, maciza, pesada. Estaba entreabierta también, pero la abertura era mínima; aún no acertaba a ver a través de ella. Como las celdas del nivel superior, también tenía un rótulo informativo.

CHACAL.

Código rojo.

No tocar.

No dirigirse a él.

No apagar jamás el sistema de seguridad.

No desactivar el bozal.

No ponerle los ojos bajo ningún concepto.

Todo su instinto la instigaba a huir de allí, a salir corriendo de ese lugar, a no descubrir nunca lo que había tras la puerta. Pero aún quedaba un cruzado vivo y debía de estar al otro lado de las hojas negras.

Entró.

OCHO

—Me van a excomulgar por esto —le dijo el primado, muy serio, con un ojo del tamaño de su cabeza en las manos.

Fue lo único que Adra pudo ver antes de la oleada de pánico.

El miedo la sobrepasó, la convirtió en nada. Comenzó en la planta de los pies y ascendió rápido, terror puro. Un ramalazo de excitación la atravesó de parte a parte. La electricidad del deseo y del miedo partió su sexo, recorrió su espina dorsal y se instaló en omóplatos, codos y dedos. Adra intentó tomar aire, pero era como si no tuviera pulmones en el pecho, como si no quedara oxígeno en todo el universo.

Era experta en controlar sus emociones, pero jamás las había sentido así, aumentadas hasta el paroxismo. No era de extrañar que los cruzados al otro lado de la puerta se hubieran vuelto locos. Tras el miedo y la lujuria, llegaron el hambre y la sed. La realidad desapareció ante sus ojos, borrada por el ataque de sensaciones y urgencias. Intentó sobreponerse a ese torbellino, recordó el orgullo que sentía siempre que conseguía vencer a sus instintos. Pero no servía, nada servía. No le quedó más remedio que recurrir a su último refugio: su madre.

Le pareció escuchar su voz. Era como si la tuviera allí, susurrándole al oído:

—Toma aire, Adra, y llena la barriga. Así, así, como si estuvieras embarazada. — Le ponía la mano sobre el estómago, guiándola—. ¡Muy bien! Ahora cuenta hasta siete, lento. Así, bien. Suelta el aire, despacio, muy despacio, y vuelve a contar hasta siete.

Adra repitió la operación y notó que su cuerpo comenzaba a relajarse. No solo por el ejercicio, también por el recuerdo de la voz materna. Se aferró a ella mientras seguía respirando. El cuerpo comenzaba a responder. «Yo no estoy sintiendo esto — se dijo Adra—. No soy yo. Estos sentimientos no son míos, esta locura es de otro».

Volvió a inspirar.

—Siente el miedo, Adra, acéptalo —decía su madre en su cabeza. Tenerla allí dolía y consolaba al mismo tiempo—. Deja que te invada y luego deja que se vaya. El miedo no significa nada. ¿Qué es lo peor que te puede pasar? ¿Morir? La muerte no puede ser peor que vivir en este pueblo de mierda, ¿no?

Siempre que decía eso, Adra se echaba a reír, porque aquel pueblo era lo mejor que tenían. La ausencia irremediable de los que amaba... eso sí era peor que la muerte.

Volvió en sí; la realidad se reconstruyó ante ella. Estaba en una habitación

enorme, pentagonal, cubierta de runas escritas con fluidos de engendro. El techo era más alto allí que en el resto del lugar, lo que producía una sensación de mareo, una agorafobia sofocante tras el ambiente opresivo y cerrado de aquellas instalaciones. Y ante ella, en el centro de la estancia, estaba el monstruo.

Estaba el Chacal.

Solo era una cabeza y sin embargo *cabeza* no servía para definirlo. Medía unos tres metros de altura y flotaba en el centro de la sala, rodeada de plataformas. Era una aberración imposible. Era mezcla de lobo y serpiente, de sapo y caimán. Las cuencas de sus ojos estaban vacías y un bozal inmenso de metal blanco, repleto de runas, le cerraba la boca. Y aún más horrible que su forma era el estado en que se encontraba. Alguien había troceado aquella monstruosidad para luego volver a unir los pedazos a base de garfios, cadenas y sogas. Buena parte de las sujeciones habían saltado y ahora un sinnúmero de esas porciones de cara, hueso, cartílago o cerebro flotaban libres, sin alejarse demasiado del resto del conjunto, como si guardaran en su memoria el lugar que antes habían ocupado. Del centro del cráneo surgían decenas de sondas que se perdían en masa en el techo, convertidas en tuberías.

«Lo están drenando», pensó Adra.

Recordó la red de tubos, omnipresente en la base. Los líquidos de esa cosa abastecían de energía las instalaciones, pero no solo eso. Recordó las tuberías que había visto clavadas en los especímenes de las mazmorras: se lo estaban inyectando también a los contaminados.

Cuando consiguió sobreponerse a la escena, Adra vio al primado. Era un hombre enorme, con el pelo rapado y una cruz grabada a fuego que le cubría el lado izquierdo de la cara. Se había subido a una de las plataformas que rodeaban al monstruo y en aquel momento aproximaba el ojo que tenía en sus manos a la cuenca vacía.

Adra recordó la advertencia de la puerta, pero, antes de poder reaccionar, el cruzado colocó el globo ocular en su hueco.

Y el Chacal la miró.

Retrocedió, aturdida. Una fuerza irresistible arremetió contra ella y a punto estuvo de caer. Todo se oscureció. Se borró. Y dejó de estar allí.

Se sintió levitar. Perdió contacto con el suelo y la rodeó la tibieza liviana del aire. ¿O era el vacío? Ya no sentía miedo, solo una aprensión fatídica, como la certeza que uno siente cuando sabe que ocurrirá algo terrible y no puede hacer nada para remediarlo.

Las tinieblas empezaron a aclararse y pudo distinguir formas, siluetas grandiosas. ¿Qué eran? ¿Se movían? Miró arriba y abajo y comprendió que volaba: surcaba un espacio desconocido. Ante ella solo había un elemento: la grieta; la misma grieta inmensa que partía el firmamento de su mundo y que parecía lamentarse a lo lejos, como una mueca triste. Pero ahora estaba cerca, tanto que casi podía tocarla. Pudo apreciar su tamaño descomunal, el empuje de su atracción... ¿Por qué era tan grande? ¿Por qué la veía tan cerca? ¿Y por qué era la única luz en esta noche repleta de nada?

La revelación le llegó de golpe. ¡Estaba contemplando la grieta desde el otro lado! ¡Iba a atravesarla!

Notó su cuerpo gigante, colosal, notó una masa distinta, más ligera y pesada a la vez. Junto a ella, avanzaba un gigante hecho de espanto, una negrura mayúscula: un leviatán. Contempló su superficie, su geografía, los cañones que se abrían en su carne. La cordillera que se elevaba entre humo y niebla en una de sus alas múltiples. La piel de aquel monstruo acogía verdaderos ecosistemas. Vislumbró un bosque de hongos rojos sobre el que volaba una bandada de criaturas con alas de forma de sierra; contempló un lago azul en un esfínter tan gigantesco que podía albergar cien ciudades como Testamento...

No era ella quien volaba junto a aquella monstruosidad, comprendió Adra, era el Chacal. De algún modo estaba en su interior, en su memoria, viviendo (¿o reviviendo?) aquella escena. ¿Qué era aquella criatura y por qué compartía el cielo con un leviatán? ¿Acaso era uno de ellos? No, el Chacal era comprensible dentro de su extrañeza. Los leviatanes estaban lejos de serlo. ¿Sería una especie de pastor? ¿Él los había guiado hasta la Tierra? O tal vez solo era un acompañante, un parásito que se alimentaba de la destrucción que los leviatanes dejaban a su paso.

Adra se dio cuenta de que no solo veía a través de los ojos del Chacal, también percibía sus emociones. Eran potentes, puro impulso, nada que ver con las suyas. Dos dominaban al resto: el hambre, un hambre voraz, sin tregua, que roía a la bestia desde dentro; y algo extraordinario, poderoso, que Adra no sabía identificar exactamente. ¿Excitación? ¿Alegría? Tal vez... ¿felicidad? El hambre empujaba a la bestia adelante, pero era esa felicidad extrema la que la movía hacia la grieta, junto a los leviatanes.

Porque había más de uno. Adra percibió monstruos kilométricos de formas difusas. Solo reconoció a uno de ellos: a la masa deforme a la que acompañaba el Chacal, a aquella cosa hecha de oscuridad sobre oscuridad. Era el leviatán que dominaba la región en la que había pasado toda su vida, una criatura del tamaño de un continente que devoraba la luz a su paso. Siempre había sido un astro permanente en su horizonte, pero ahora lo veía de cerca y sus dimensiones la mareaban. Hubo una avalancha de légamo oscuro en una de sus paredes y un órgano lechoso se abrió paso en la superficie, una burbuja irisada, repleta de venas y verrugas. ¿Un ojo? ¿Una boca? ¿Una glándula externa de uso desconocido? ¿Qué era eso? Una cortina de líquido vibrante, quizá grasa, cubrió como un cortinaje aquel órgano blancuzco. Por un momento, Adra tuvo la impresión absurda de que el leviatán le guiñaba un ojo.

El Chacal atravesó la grieta. Y ella con él. Y una horda de criaturas infernales pasó junto a ellos. Eran monstruos de todos los tamaños, todos surgidos de lo más profundo de las pesadillas, aberraciones cargadas de espinas, de alas membranosas, garras, colmillos y aguijones.

La alegría del Chacal se volvió euforia al descubrir el mundo que se les ofrecía. Adra tampoco pudo evitar admirar lo que se extendía allí debajo, aquel mapa de

verde entrecortado, de ciudades de cemento y cristal y de grandes mares azules. Aquel era el día. La llegada de los leviatanes al planeta Tierra. El advenimiento del horror. Contempló el mundo un segundo antes del caos. Era indeciblemente hermoso.

La visión desapareció de forma abrupta y ella sintió su pérdida como una pequeña muerte. Le habría gustado contemplar durante más tiempo aquel lugar de maravillas.

A su alrededor se había hecho la oscuridad, una oscuridad repleta de susurros, de voces quedas. Distinguió su nombre. Luego el de su padre. Alguien rezaba en las tinieblas. Alguien lloraba. ¿Era ella? Adra miró alrededor. Un destello de luz trajo de vuelta a su madre. Sonreía, con el pelo recogido en una coleta, mientras la enseñaba a manejar una espada de madera. Se produjo otro destello y la vio tal y como la había encontrado al regresar al poblado: sin vida en la plaza, abrasada por el lanzaensalmos de Absalón. Ya no eran los recuerdos del Chacal, ahora eran los suyos. Adra intentó apartarlos a un lado, porque sabía que, así como ella había visto el pasado de aquella criatura, el Chacal, ahora, estaba asomado a su memoria.

De nuevo se hizo la oscuridad. Solo duró un segundo. Luego regresó la luz.

Una ciudad se alzaba en la distancia. Era Testamento. ¿Había estado el Chacal allí? ¿Eran sus propios recuerdos o los de aquel engendro? Por la forma en que se movían solo podían ser los del monstruo. Volaba a gran altura, entre nubes ensangrentadas y la sombra del dios negro que copaba el cielo, rumbo a Testamento. Pero su huésped ignoró el bastión de torres en pico, tan diferente a las ciudades que había vislumbrado Adra en la vieja Tierra, y siguió adelante.

Las emociones del Chacal eran ahora distintas: furia, resentimiento, desesperación tal vez. Bajó la mirada. Adra vio a un ejército, rodeado de cadáveres colosales, uno de ellos tan enorme como la colina de carne de Testamento. Sin duda había tenido lugar allí una batalla terrible, pero los hombres, bien armados y protegidos por armaduras y trajes que jamás había visto, habían dado buena cuenta de sus enemigos. Y eso era nuevo: los hombres nunca triunfaban sobre las grandes bestias.

El Chacal observó al comandante de aquellas tropas, a un hombre alto, poderoso. Empuñaba una espada en su mano izquierda, y tanto una como la otra estaban empapadas en sangre. Pero lo que llamó la atención de Adra fue la mano derecha: era un bulto renegrido y atrofiado sobre el que crecía una garra roja y gris tan grande como la espada. El hombre envainó el arma y se quitó el yelmo para mirar al recién llegado. Adra supo quién era: Gale, el joven que había dejado encerrado en la mazmorra dos plantas más arriba. Le costó reconocerlo, no solo por la mano deforme; era más maduro y su expresión, más firme. ¿Qué estaba viendo? ¿El futuro? No tenía sentido.

La visión se nubló de nuevo y otra distinta vino a sustituirla. Volaba otra vez sobre escenarios conocidos. Volvió a distinguir la silueta familiar de Testamento en la distancia, con sus torres erizadas y su empalizada de metal negro, pero en esta ocasión no estaba dentro del Chacal. Volaba por sí misma. Se sentía liviana y ligera.

Libre.

Adra creyó distinguir los restos del poblado donde había nacido y crecido, pero no tenía tiempo de examinarlos. Los dejó atrás, veloz. Y a mayor velocidad sobrevoló el bosque en que se había enfrentado al segador y donde había resucitado al cruzado. Era noche cerrada, pero en aquel delirio su visión en la oscuridad seguía siendo igual de espléndida. Vio a lo lejos las ruinas en las que se había adentrado hacía apenas media hora y se dirigió hacia allí, ingrávida. Era el momento actual. Lo supo sin ninguna duda.

«Pasado, futuro y presente. ¿Qué locura es esta?».

Divisó movimiento al este. Un grupo numeroso avanzaba hacia las ruinas. Vio dos carros, tirados por caballos, aunque la mayor parte del contingente avanzaba a pie. Llevaban armaduras negras y cascos abombados que les daban el aspecto de insectos humanos. Iban armados de bayonetas y lanzaensalmos. Adra tuvo la certeza absoluta de que eran aquellos a los que el guarda de la radio había intentado pedir auxilio antes de que lo mataran. La llamada había tenido éxito, a fin de cuentas. Eran muchos, casi tres docenas. Y estaban muy cerca.

Descendió, incorpórea, hacia las ruinas. Debía regresar. Atravesó los muros destrozados, los techos y los suelos, y desembocó de nuevo en las galerías repletas de cadáveres. Tuvo un atisbo de Winston, todavía tumbado en el suelo ante la celda de Gale con aire desamparado. Bajó, veloz, hacia los niveles inferiores, dejó atrás los cuerpos de los cruzados y entró de nuevo en la estancia del Chacal.

El primado se esforzaba por retirar el bozal de la criatura desde una de las plataformas que rodeaban a la gran bestia. Adra no sabía qué había detrás de aquella protección, pero no quería descubrirlo; si habían tomado tales medidas de seguridad, no podía ser nada bueno. Ella estaba en un extremo de otra plataforma, bajo la segunda cuenca vacía. Se había enfundado el lanzaensalmos, pero no había ni rastro del sable. Era extraño verse desde fuera; tuvo la impresión de estar soñando. Pero aquello era real. Su cuerpo actuaba por cuenta propia. No, no era cierto. Era la voluntad del Chacal quien lo movía.

Se vio a sí misma con un recipiente lleno de líquido oscuro entre las manos, una urna enorme. ¿De dónde lo había sacado? Sumergido en su interior estaba el segundo ojo del Chacal. Adra vio como su cuerpo colocaba el recipiente en la plataforma y se agachaba junto a él. Se aproximó con rapidez. Tenía que recuperar su cuerpo, recobrar el control. Había visto de lo que era capaz aquel monstruo con un solo ojo, ¿qué no podría hacer con dos? Atravesó su propia carne y se encontró de nuevo dentro de sí misma.

Notó la sorpresa del Chacal, notó su desconcierto. Adra luchó por doblegar al monstruo y expulsarlo, pero era demasiado fuerte. Contempló el modo en que sus manos se hundían en el líquido negro y se cerraban alrededor del ojo. El tacto era repugnante, una gelatina viscosa y fría. Sacó el ojo del recipiente, se incorporó y comenzó a alzarlo, lenta, en dirección a la cuenca vacía. Adra no podía contener el

movimiento, solo frenarlo levemente. El rostro desmenuzado del Chacal temblaba en anticipación. Adra exploró el resto de su ser, buscando desesperada un lugar donde la presa de su adversario no fuera tan férrea. Para su sorpresa, consiguió mover la pierna izquierda, solo un poco, apenas un centímetro. Centró toda su fuerza de voluntad en esa extremidad y descargó una patada sobre la urna. La tiró de la plataforma.

El cristal se hizo añicos contra el suelo. Ya fuera por el estrépito o por la rebeldía de Adra, el Chacal perdió el control.

Solo fue un segundo, pero eso era lo único que necesitaba.

Solo hace falta un segundo para disparar un lanzaensalmos.

¡ESTE LIBRO NO ACABA AQUÍ!

Por si no lo intuís por aquello de que este es el VOLUMEN UNO y por aquello del *cliffhanger* del final, este libro continúa.

En concreto, **continúa en el segundo libro**, *El dios en las alturas*, que está ya disponible en Amazon, por 2,99 euritos de nada. Y también está disponible en Amazon el tercero, *Testamento*, al mismo precio.

Y hay más cosas que queremos contarte:

- Si te ha gustado esta obra, **la mejor forma que tienes de echarnos una mano es recomendarla**. Deja una reseña en Amazon o en Goodreads. Pásale un enlace a otros lectores que creas que podrían disfrutarlo. Con tu ayuda, podremos seguir creando nuevas entregas de *Crónicas del fin*.
- Si quieres saber más (y leer más) de nosotros, puedes visitarnos en la web de Gabriella, la web de José Antonio o la web de Libertad.
- Si quieres recibir notificaciones y noticias de cualquier novedad sobre *Crónicas del fin* (como por ejemplo, ofertas especiales, portadas nuevas o lanzamientos), puedes suscribirte a nuestra lista de correo.
- Y si quieres más libros escritos entre Gabriella y José Antonio, puedes leer la novela juvenil *El fin de los sueños*, que es una mezcla de fantasía y ciencia ficción posapocalíptica que tiene dragones, edificios de cristal interminables, adictos a los sueños imposibles, adolescentes aventureros y, cómo no, un monstruo terrible. También tenemos *El día del dragón* si te apetece algo de fantasía cómica y disparatada dirigida a un público más joven. Sí... también salen dragones.
- ¿Quieres comentarnos algo del libro o preguntarnos alguna duda? **Escríbenos a cronicasdelfin@gabriellaliteraria.com**. Nos encantará hablar contigo.

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS DE LOS AUTORES

Lo primero es lo primero. Y lo primero es hablar de libertad. De la libertad de producir y crear nuestros propios libros. Ambos hemos trabajado (y trabajamos) con editoriales, pero también nos encanta crear cosas nuestras, totalmente nuestras, y compartirlas con vosotros directamente. Y nos encanta contar, precisamente, con Libertad Delgado, nuestra fabulosa portadista. Conocimos a la Libélula por un *fanart* que le hizo a José Antonio de Ariadna, la protagonista de su novela *La canción secreta del mundo*. *Fanarts* así no pasan desapercibidos, eso está claro. Así que, primerísimamente, gracias a ti, Libertad, por dar en el clavo siempre y por hacer surgir, como por arte de magia, a nuestros amados (y sufridos) personajes.

Lo segundo ya es un clásico: nos gustaría agradecer a los nuestros su apoyo. A nuestras familias y, cómo no, a nuestros gatos. Sin Tardis, Tepi y Ebo, estos libros no serían posibles y lo sabemos. Contamos, por suerte, con el ánimo y comprensión de nuestra gente más cercana, pero siempre destacan algunos por su constante interés y su manera de empeñarse en darnos de comer. David y Elena fueron, sobre todo, padrinos de este proyecto, y a ellos dedicamos nuestras dos primeras entregas. Estamos también agradecidos a su perro, Fantasma, por inspirarnos al crear a Winston. Hay muchas razas de perro, pero no sabíamos lo especiales que son los galgos.

Debe de funcionar como personaje, porque ya tenemos varias amenazas de muerte. Algunos lectores nos prometen cosas muy desagradables si le pasa algo malo a Winston.

Seguimos con un tercer agradecimiento, para nuestros lectores favoritos. Son nuestros lectores cero, aquellos que han ayudado a que *El cielo roto* estuviera lo mejor posible. Cualquier metedura de pata será por no haberles hecho caso en algún punto. Gracias a nuestro dúo de superhéroes Dragón y Tortuga, Rafa de la Rosa y Manu; a nuestras hermanas favoritas: Silvia Gregori e Inés G. Labarta; a aquellos lectores que se convirtieron en amigos: Nihil, Carlos Sánchez Baos *Yber* y José Miguel Cano *Lupin*; a las foreras mágicas Paula y Carmen; a la superbloguera comelibros Beleth; a nuestro siempre admirado Juan Antonio Fernández Madrigal y a nuestro colega de letras, Mariano Villarreal. A Elías F. Combarro, líder en tendencias fantásticas. Y a Ana González Duque, compi de aspiraciones, trabajo y dedicación en

esto de intentar profesionalizar la escritura.

Queremos hacer menciones especiales a nuestro trío madrileño-*betareader*, cómplices de aventuras culinarias: Marina, Toni y Blanca. Blanca, no contenta con leerse y analizar este libro, nos hizo corrección de estilo, se zampó la segunda parte, se comió otro libro nuestro y nos montó un grupo de Whatsapp lleno de aventuras campestres surrealistas. Gracias, Blancuxi.

Nuestro cuarto agradecimiento es para la estupendísima Valentina Truneanu, que maquetó y preparó para Kindle este eBook que tienes en tus manos. Si necesitas cualquier trabajo de maquetación digital, te recomiendo que recurras a esta gran profesional.

El quinto y último agradecimiento siempre es para ti, lector, por estar viendo estas líneas. Esperamos que hayas disfrutado de *El cielo roto* y que le des una oportunidad a *El dios en las alturas* y a las demás novelas que están por venir.

Nosotros ya hemos hecho todo lo posible. El resto queda en tus manos.



GABRIELLA CAMPBELL (Londres, 6 de agosto de 1981). Es licenciada en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, Experta en Comunicación y directora de Ediciones Parnaso. Ha trabajado en radio y traducción y fue ganadora del Premio Ignotus de Poesía 2006. Fue secretaria de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror de 2006 a 2008, además de columnista de la revista Tierras de Acero y ha publicado artículos, poemas y relatos en diversos medios. Su primer poemario fue el trabajo temático *El árbol del dolor*, escrito en colaboración con Víctor Miguel Gallardo para Ediciones Efímeras bajo licencia Creative Commons. Tras *El árbol del dolor* ha publicado el compendio de poesía *Happy Pills* con la editorial granadina Alea Blanca.



JOSÉ ANTONIO COTRINA (Vitoria, España, 8 de julio de 1972). Comenzó a publicar a principios de los noventa, relatos en su mayor parte. Da el salto a la novela con *Las fuentes perdidas* (La Factoría de Ideas) en el año 2003. Desde entonces ha orientado su carrera hacia la literatura juvenil, con obras como *La casa de la Colina Negra* (Alfaguara), la trilogía *El ciclo de la Luna Roja*, *La canción secreta del mundo* (Ambas con la editorial Hydra) y *El fin de lo sueños* (Plataforma). Tiene varios premios en su haber, entre ellos el UPC de novela corta de ciencia ficción por *Salir de Fase*, y el premio Alberto Magno, del que ha sido ganador en tres ocasiones.

Mezcla sin pudor ni vergüenza la fantasía, la ciencia ficción y el terror, a veces hasta en la misma historia. Sus historias se caracterizan por la importancia de los escenarios, los giros argumentales sorprendentes y por un gusto por lo oscuro y macabro que lo emparentan con Clive Barker, autor del que Cotrina se confiesa seguidor.

En colaboración con Gabriella Campbell ha escrito *El día del dragón*, publicada por Naufragio de Letras y la pentalogía *Crónicas del Fin*.

Ha sido traducido al inglés, al polaco, al checo, al italiano y al chino y canta fatal.